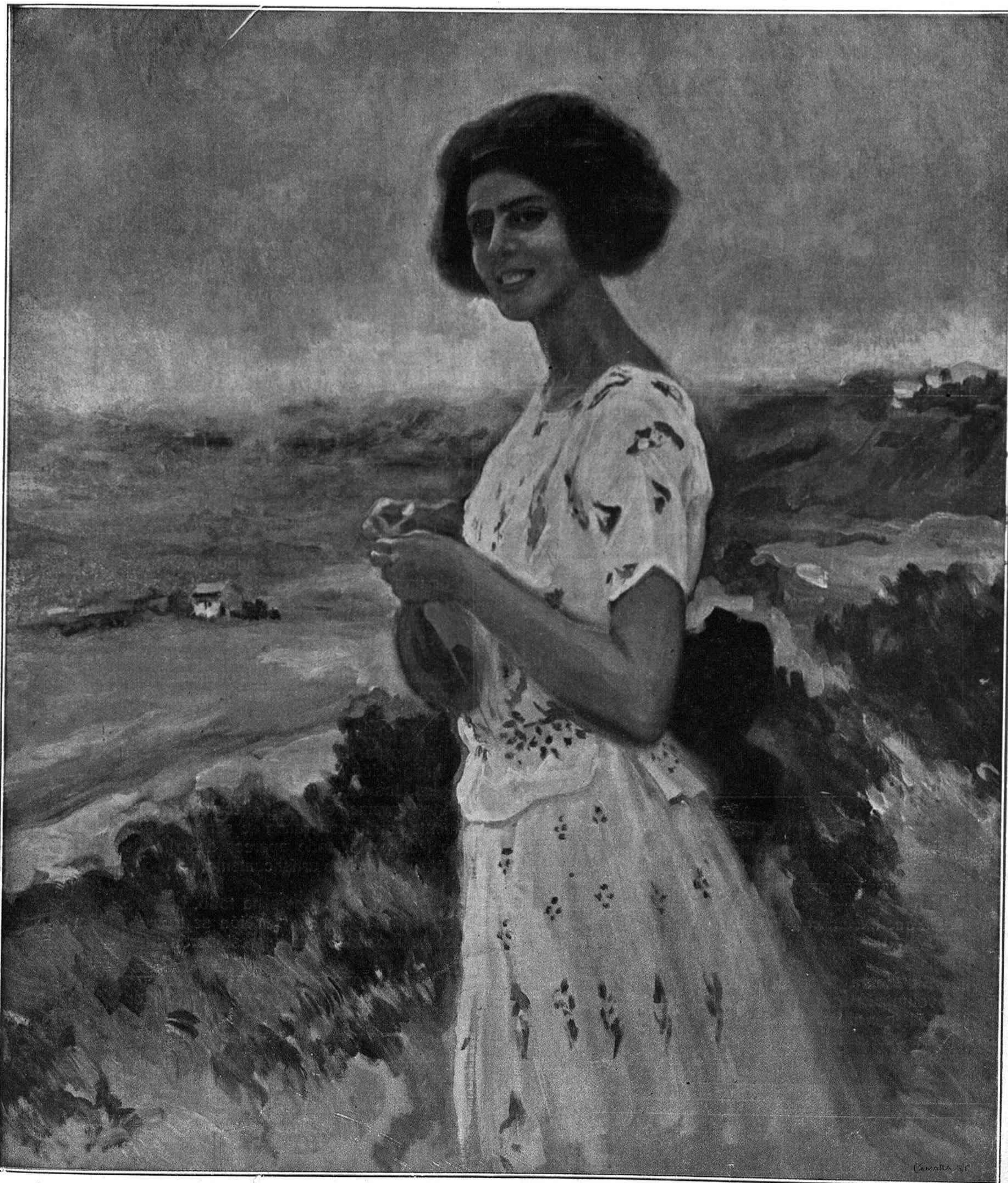


La Esfera

Año IX Núm. 435

Precio: Una peseta



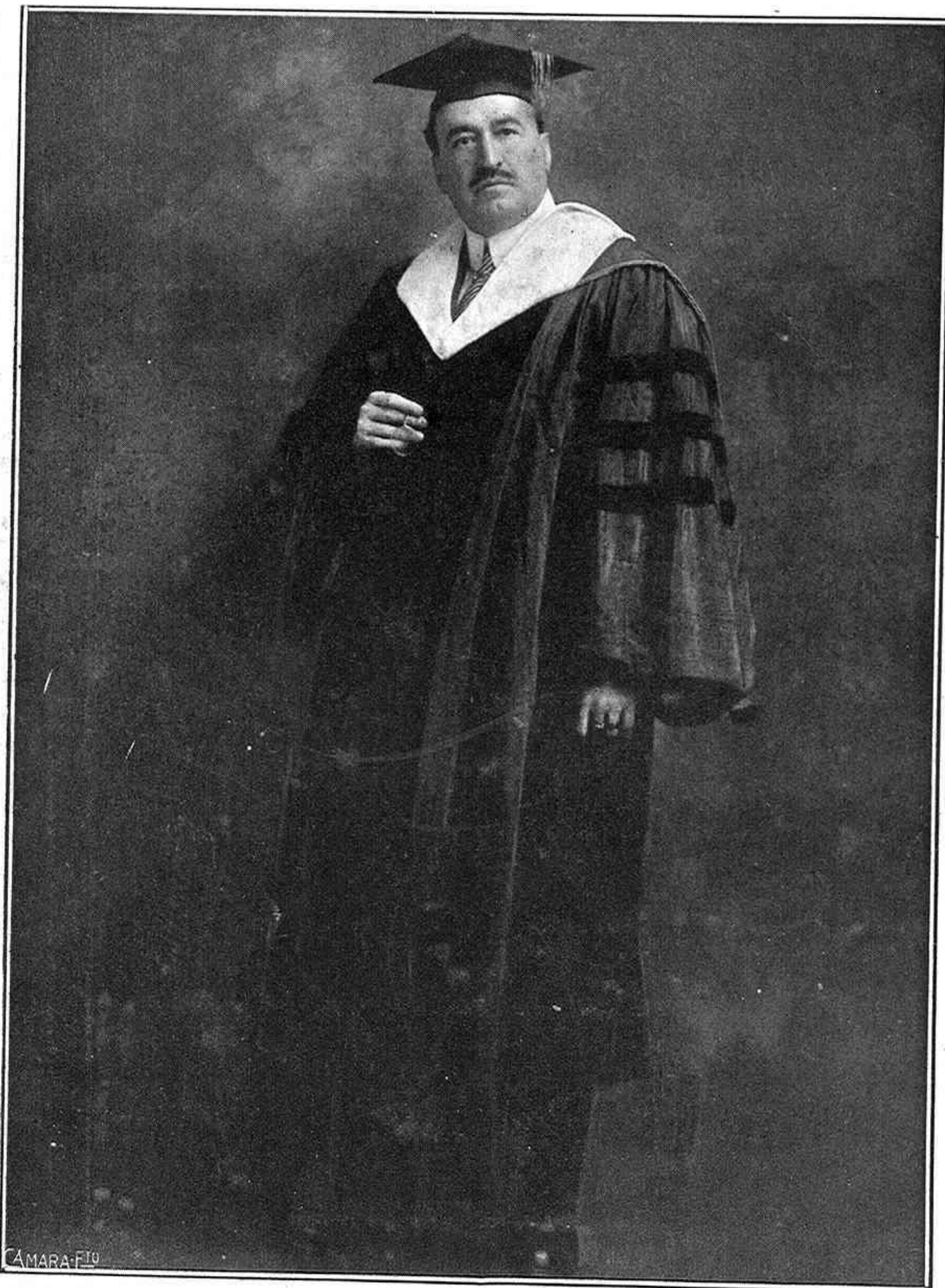
PEPITA EN ASTURIAS, cuadro original de Cecilio Pla, que figura en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes

NUESTRA NOVELA

La Tierra de todos

DE

Vicente Blasco Ibáñez



Esta novela es la más «novelesca» de su ilustre autor, y queremos decir con esto que durante el curso de su relato el interés va en aumento de capítulo en capítulo, pues su acción abunda en incidentes originales y episodios dramáticos.

La Tierra de todos empieza en París. Sus primeros capítulos se desarrollan en un ambiente aristocrático y á la vez algo «aventurero», pues sus personajes, al mismo tiempo que llevan la vida del gran mundo, conocen las angustias de las enormes deudas. El novelista hace una pintura irónica de los extranjeros elegantes y de pocos escrúpulos que viven en los barrios inmediatos al Arco del Triunfo y que dedican sus actividades al amor y á la caza del dinero.

Una dama de este mundo distinguido, que es de una inconsciencia diabólica, huye á América, no parando hasta una colonia de la República Argentina que empieza á desarrollarse junto al río Negro, en los límites de la Patagonia.

El insigne Blasco Ibáñez, que vivió algunos años la existencia de los colonizadores en la América del Sur, pone en esta novela todas las observaciones y estudios que hizo directamente durante su permanencia en las tierras casi desiertas de la Patagonia. Los diversos tipos novelescos de la inmigración europea, los aventureros de vida trágica, los vagabundos que dan vuelta á la tierra incesantemente sin establecerse en ninguna parte,

el emigrante español y el italiano que se enriquecen trabajosamente con la esperanza de ser personajes después en su país, y al mismo tiempo los paisajes de la Pampa y de la Patagonia, todo aparece descrito de un modo magistral en este libro de acción rápida, donde el novelista cuenta los hechos artísticamente, pero con una luminosa concisión, pues tiene muchas cosas que contar.

En **La Tierra de todos**, la influencia de la mujer elegante trasplantada lo trastorna todo, hombres y cosas, hasta que hace surgir la gran tragedia. En el último capítulo, doce años después, la acción se traslada de nuevo á París, y el final resulta de una melancolía poética y una intención filosófica que impresionarán hondamente al público.

La Tierra de todos no es de esas novelas que exigen al lector que concentre su atención y haga un esfuerzo de voluntad para continuar su lectura. Todo el que conoce los dos primeros capítulos necesita continuar leyendo hasta llegar al final de la obra.

La Tierra de todos se publicará íntegra en «La Esfera» é irá profusa y escrupulosamente ilustrada por el gran dibujante español, maestro de las artes editoriales contemporáneas

FEDERICO RIBAS

Yo uso siempre el perfume de moda
Secret d'Or Francy



Perfumeria - Francy

MADRID - APARTADO - 532

Y EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS

SE HA PUESTO
A LA VENTA
HOMBRE DE AMOR

NOVELA INÉDITA DE 350 PÁGINAS

POR

El Caballero Audaz

PEDIDOS:

Editorial «Mundo Latino»

APARTADO 502.—MADRID

Crossley



Coche de turismo de Crossley de 196 caballos de fuerza

Automóviles Crossley para España

LOS automóviles Crossley tienen fama en todas partes del mundo por su belleza y excelente calidad. Los usan muchos de los miembros más distinguidos de la sociedad inglesa y fueron los únicos coches escogidos para acompañar oficialmente a S.A.R. el Príncipe de Gales durante su viaje a la India.

S.M. el Rey y la Reina de España usaron los coches Crossley durante sus visitas recientes en Londres.

Los automóviles Crossley son de los más elegantes del mundo. Son construidos con escrupulosa atención para asegurar a sus propietarios la mayor satisfacción. Tienen fama extraordinaria por su rendimiento, fuerza, velocidad y la facilidad con que vencen pendientes y quienes deseen adquirir un coche de elegantísimo acabado, con todas estas ventajas, no pueden hacer mejor elección.

Sírvanse pedir plenos pormenores.

Crossley Motors Ltd., Manchester Export Office, 40-41 Conduit Street, London W. 1. Se solicitan agentes provinciales

Agentes: **THE MOTOR CAR WORKS CO.,** 15, Cooperage Lane, GIBRALTAR.

Lea usted todos los miércoles
MUNDO GRÁFICO
CONSERVAS TREVIANO
LOGROÑO

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Diríjanse a esta Administración, Hermosilla, 57

La Duquesa Ofidia

por

RAFAEL LÓPEZ DE HARO

(Dibujos de Baldrich)

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar en toda España

En la República Argentina LA NOVELA SEMANAL se vende con el título de LA NOVELA ESPAÑOLA. Está de venta en todos los puestos de periódicos y en casa de los Agentes de Prensa Gráfica en la República Argentina Sres. Ortigosa y Compañía, Rivadavia, 698, Buenos Aires

Miss KATE

Especialista americana, única en el arte de suprimir las arrugas, papada, mejillas colgantes, defectos del rostro é inflamación de los párpados. Producto extraído de las plantas. **CULTURA FÍSICA** Rejuvenecimiento completo comprobado. 31, rue des Batignolles, Paris XVII^e.

Grippe, reumatismo,
dolores de cabeza
y de muelas solamente se alivian y curan con las legítimas

TABLETAS BAYER de ASPIRINA



Hasta los gatos se deleitan con el aroma de los productos PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

Comentarios al Código Canónico

por **FEDERICO SANTAMARÍA**

(Peñuelas, 20, Madrid)

Seis tomos: 93 ptas. t.; 78 rúst. Cánones en latín y castellano.

Misterios de la Policía y del Crimen

:: PÍDASE A ESTA ADMINISTRACIÓN ::

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINETA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

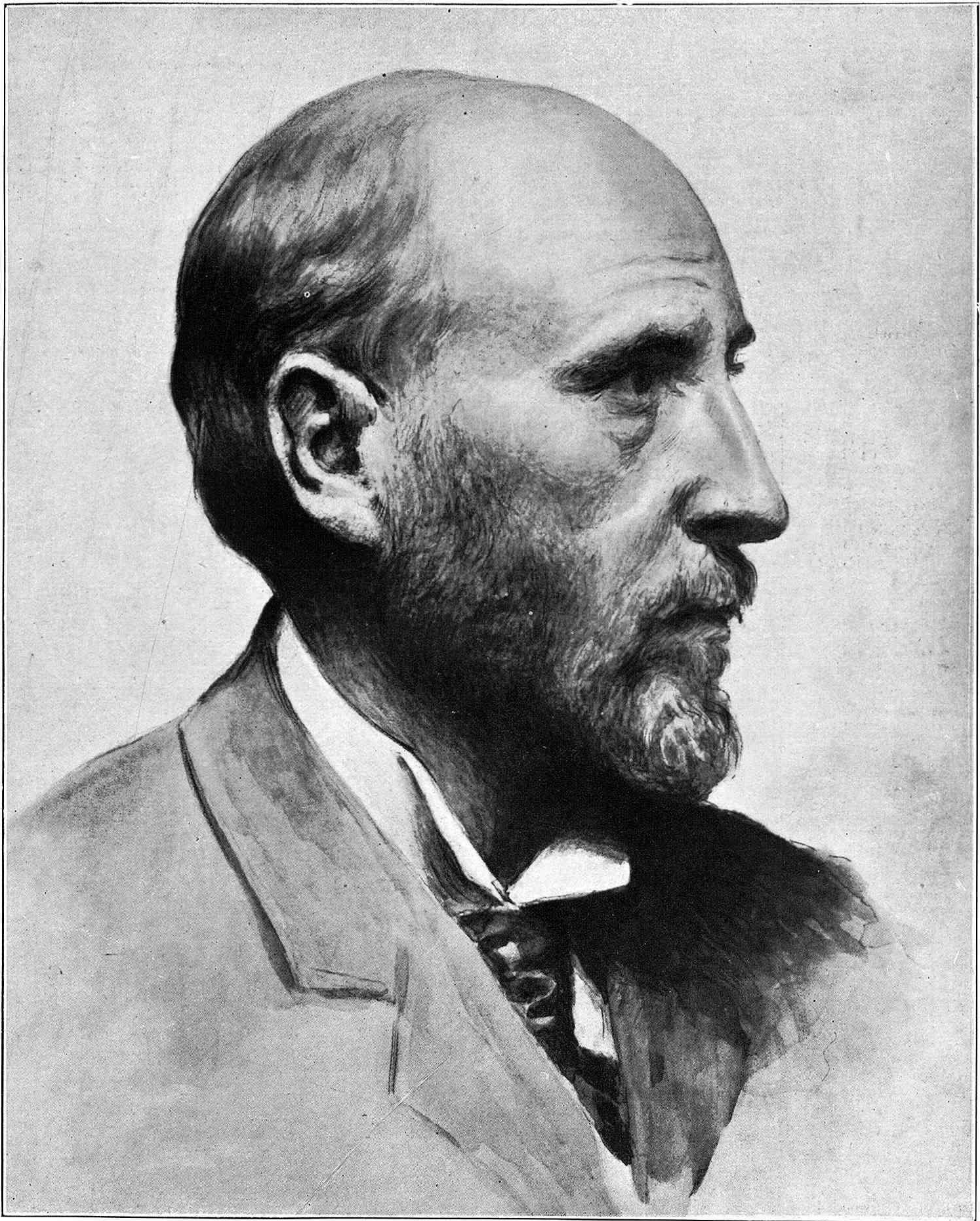
Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

Lea usted **NUEVO MUNDO**

SULFHYDRAL CHANTEAUD
de PARIS

a base de Sulfuro de Calcio puro muy eficaz para preservación y Tratamiento de la GRIPPE, ANGINA, BRONQUITIS, LARINGITIS CATARRALES, SARAMPIÓN, COQUELUCHE, VIRUELA.

DEPÓSITO EN LAS BUENAS BOTICAS y URIACH C^o, 49, Bruch, BARCELONA



SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

DIBUJO DE SOLÍS AVILA

He aquí un perfil ya histórico y trazado sobre la vida española con un relieve victorioso de los siglos. Testa de medalla y de escultura clásica, con esa serenidad augusta de una pintura eterna y simbólica, que los coetáneos rara vez aciertan á contemplar en toda su grandeza y que las generaciones sucesivas eligen de norte espiritual. En nuestra época, sin embargo, Cajal ha ido viendo ampliarse el eco de su nombre y el respeto hacia su obra. Así, cuando la ley considera que oficialmente debe quedar al margen de la ciencia, en una actitud pasiva, toda la nación exalta ese perfil tranquilo y noble, le troquela sobre el oro vivo de nuestra raza. Y en el pueblecillo humilde, iluminado desde ahora por el prestigio perdurable del maestro, en Petilla de Aragón, piadosamente, fervorosamente, acudieron gentes de la comarca para agruparse delante de la casa donde nació hace setenta años, el 1.º de Mayo de 1852, el sabio y el puro renovador de la ciencia médica española contemporánea.

AYENEC
BIBLIOT
MADRI

DE LA VIDA
QUE PASA

EL GRAN DON RAMÓN

EN una galería de retratos de escritores españoles contemporáneos, Valle Inclán se llevaría la palma de la originalidad. Este «gran D. Ramón de las barbas de chivo» (que dijo, con notoria impropiedad de poeta, Rubén Darío, porque las barbas de Valle Inclán son más nobles y caudalosas) es una fina figura que parece arrancada de un lienzo español antiguo, figura que recuerda al inquisidor Niño de Guayana, del Greco, ó á un padre del yermo, de Velázquez.

Sin duda, Unamuno, con su aspecto de ave de Minerva y sus trajes abotonados hasta el cuello, de pastor protestante, y Ortega y Gasset con su rostro meditativo de pensador en que ha caído una sombra byroniana, tienen carácter como modelos de retrato. Pero, ¿sospecharíamos quiénes eran Baroja ó Ricardo León, si los viésemos en una oficina ó tras un mostrador? Azorín, rasurado, correcto, frío, podría pasar perfectamente por uno de los directores de los Bancos ingleses que hay ahora en cada esquina de las calles de Madrid. Pero Valle Inclán es inconfundible. Su aspecto va gritando que es un artista. La Naturaleza le ha dado la máscara que convenía á su espíritu.

Hace poco, en una comida que le dimos algunos de sus amigos y admiradores, Unamuno le definió con una palabra justa. Lo que caracteriza á Valle Inclán es el estilo, y el estilo es la personalidad, que en él rezuma en esa figura de cuadro antiguo español.

ooo

La obra de Valle Inclán es ya copiosa; pero sin dejar de ser selecta, sin la abundancia industrial de los fabricantes de libros al por mayor. Su estilo es un estilo que se renueva, que no se ha encerrado en el culto á una forma, ni se ha ido quedando prisionero en el caparazón de una manera. Es un estilo peregrino, que camina hacia nuevas formas, conservando sus virtudes propias, sin disolverse, pero sin cristalizarse, desarrollándose en brotes varios, como los del árbol que crece hacia lo azul, impulsado por la savia que mana de las secretas raíces.

La producción novelesca de Valle Inclán, que es lo principal de su obra, aunque sea él también un exquisito poeta lírico en verso, se nos ofrece como en un gran tríptico. La primera hoja la llena el Marqués de Bradomín con sus Sonatas galantes. Es una creación, un tipo literario; un Don Juan siglo XVIII, en quien el autor ha estilizado las cualidades de la aristocracia histórica, en el mejor momento artístico de las instituciones y de las castas; aquel instante de suma madurez, en que van á desaparecer.

Un crítico descubrió en las Memorias de Bradomín una página de Casanova. Valle Inclán ha explicado cómo se trataba de un artificio de estilo, para dar la sensación del ambiente italia-

no, tejiendo en torno de aquella viñeta una narración en que se conservasen el tono y el color local. Pero sin esta explicación es harto visible que, aunque en las aventuras de Bradomín haya algunas palabras de Casanova, en las Memorias de Casanova no hay ningún Marqués de Bradomín, y hay en cambio, entre cosas sutiles y atrayentes y anécdotas animadas y lances de aventura, algo muy poco *bradominesco*, cierta fatuidad y petulancia de viajante de comercio en buenas fortunas.

ooo

La segunda hoja del tríptico la llenan las novelas feudales de Galicia y las de la Guerra Civil, que llevan por común epígrafe *La guerra carlista*. Los lobos y las águilas feudales de estas novelas gallegas son la transición hacia la intensa visión objetiva de la guerra, que tiene un grave y claro son de epopeya popular. Los nobles que pinta Valle Inclán son los herederos, degenerados pero briosos, de Bradomín, que han perdido el lirismo aristocrático del héroe primitivo y han adquirido una recia solidez de aldeanos, que les acerca á la Naturaleza.

Las novelas de la guerra carlista son la mejor evocación artística que se ha hecho de ese trozo de historia. Tienen una luminosidad clásica, un vigor de aguas fuertes y una poderosa fuerza poética dentro de su pura sobriedad de texto latino. Son como poemas prosificados, á revés de las crónicas rimadas. La figura del Cura de Santa Cruz en una de ellas, los desafíos de los versolarios, los episodios aislados de la guerra de partidarios tienen una grandeza y una sencillez de epopeya primitiva.

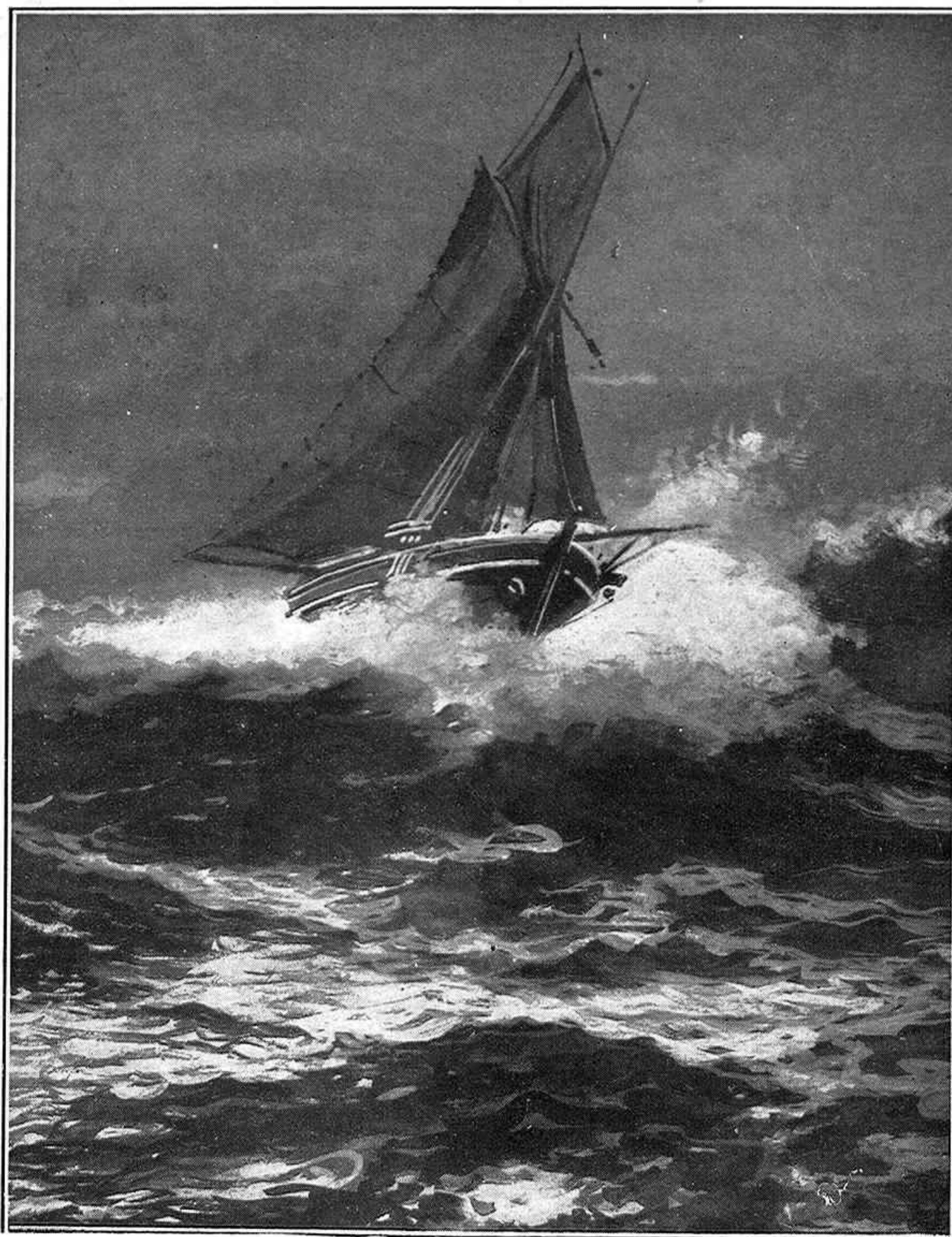
En la tercera hoja del tríptico vemos los *Esperpentos*. Les sirve de transición la novela gallega de mendigos y aventureros, como *Divinas palabras*, y los elementos novelescos de esta índole dispersos en otros libros de Valle Inclán, pues no hay en la obra de este autor soluciones bruscas de continuidad, sino una transformación progresiva ó una evolución hacia otros medios y otros modelos diferentes. Bradomín no está desligado de las figuras de los *Esperpentos*. Llega á ellas á través de los nobles selváticos herederos del mariscal Pardo de Figueroa, de los guerrilleros carlistas, de los aldeanos y los pícaros de la Galicia andariega.

Estos *Esperpentos* son lo más difícil de descifrar en la obra de este poeta de la novela. Representan un esfuerzo del artista para sorprender al natural sin miedo á sus bajezas; para arrancar de su jerga una resonancia poética. Esto es lo que hallamos en *Luces de bohemia*, la más vibrante y conmovedora escena de bohemia española y una de las mejores obras de Valle Inclán, para mi gusto. El lector queda desconcertado por el habla plebeya de algunos de los personajes, por su jerga soez, por la baja verdad de los bajos fondos sociales donde se mueven; pero, ¡qué penetrante y dolorida poesía, qué pura vena romántica mana de los recuerdos del poeta ciego, del bohemio que fué acaso un genio incompleto y frustrado! Los otros *Esperpentos*: *Los cuernos de Don Friolera*, *Farsa y licencia de la Reina Castiza*, son atrevidas piruetas de musa grotesca, caricaturas que bajo su extravagancia y hasta en sus excesos libéscos encierran cierto primor arcaico.

No se contiene en ese tríptico imaginario en que hemos repartido sus principales obras toda la labor de este poeta, abundante y delicado á la vez, virtudes que suelen ser contrarias. Queda fuera su obra directamente lírica, sus producciones de teatro, que son una prolongación y una expansión de esa misma lírica en verso, y algunos escritos sueltos, entre los cuales hay una obra maestra: la descripción de una noche en las trincheras, que es una de las mejores viñetas de la guerra que se han escrito en Europa, y que en estilo más noble está al nivel de las mejores páginas de Barbusse.

ANDRENIO

A B O R D O



«¡Borrasca!», ruge fiero el oleaje
al chocar con el casco estremecido
lo repiten con hórrido silbido
las ráfagas de viento en el cordaje.

No tiembles, capitán... Sigue tu viaje,
y atado al mástil, si te ves perdido,
trueca en viril acento tu gemido,
y canta, canta, entre el clamor salvaje.

Igual es navegar con rumbo incierto,
que seguir una ruta larga ó corta;
no hay al fin de la Vida más que un puerto...

Todas las naves van sobre el abismo.
Bajos, nieblas, rompientes... ¿Y qué importa?
Huracanes ó calmas... ¡Es lo mismo!

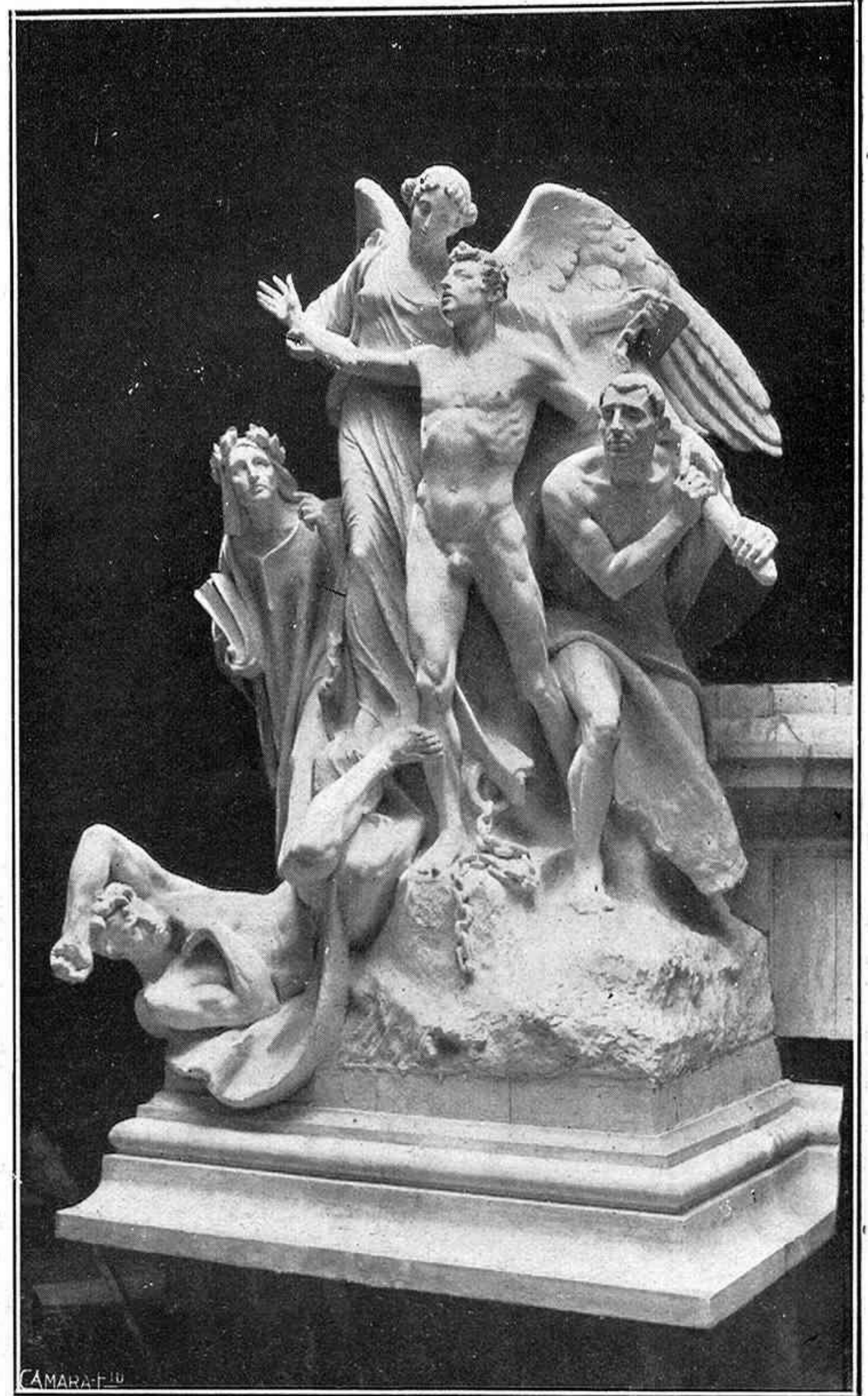
Manuel VERDUGO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA ESCULTURA CONTEMPORÁNEA



«La Ciencia y las Artes», original de Miguel Ángel Trilles
(Notabilísimos grupos alegóricos que con destino al monumento de Alfonso XII, donde se reúne la escultura española del siglo XX, han terminado los dos ilustres artistas)



«Las Letras y la Industria», original de Aniceto Marina

IMPRESIONES * DE ALCALÁ *



PASA EL GENIO MORIBUNDO

Más que la admiración de que todos los ánimos elevados participan en cuanto á la vida y á la obra de Cervantes, á mí me emociona angustiosamente aquel su último viaje, cuando regresaba de Esquivias á Madrid, fatigado por la terrible dolencia que iba pronto á llevarsele á la tumba.

Hallándose muy enfermo, y muy al cabo de su martirio, quiso volver del pueblo de que era natural su esposa, D.^a Catalina de Salazar. Pensaba que la variación de aires y alimentos le aliviaría, y así resolvió pasar algunos días entre los parientes, no del todo cariñosos, de aquella su compañera; desengañado pronto de la ineficacia de ese arbitrio y deseoso de morir en su casa, ó con alguna esperanza de aliviarse en ella, volvió á Madrid con dos amigos que pudiesen cuidarle y servirle en el camino. Y en él, como refiere Navarrete, tuvo un encuentro que le prestó materia para escribir su prólogo y para darnos la única noticia circunstanciada que tenemos de su enfermedad.

Volviendo, pues, de Esquivias, Cervantes y los que le servían caritativamente sintieron que por la espalda venía un jinete picando con gran prisa y dando voces para que se entretuviesen. Esperáronle, en efecto, y llegó sobre una borrieca un estudiante, quejándose de que caminaban tanto que no podía alcanzarles para ir en su compañía. A lo que contestó uno de los acom-

pañantes que la culpa la tenía el caballo del señor Miguel de Cervantes, por ser algo pasilargo.

Apenas oyó el estudiante el nombre de Cervantes, de quien era apasionado aunque no le conocía, cuando, apeándose de su cabalgadura arremetió á él, y asiéndole de la mano izquierda le dijo: —*Si, sí. Este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, el regocijo de las musas.*

Cervantes, que tan impensadamente se vió colmado de tantas alabanzas, correspondió con su natural modestia y cortesanía, abrazando al estudiante y pidiéndole volviese á montar en su burra para seguir juntos y en amigable conversación lo poco que restaba del camino. Hizolo así el comedido estudiante, con quien pasó el coloquio que nos da idea de la enfermedad de Cervantes y que refiere él mismo en estos términos:

«Tuvimos—dice—algún tanto más las riendas y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento, diciendo:

—Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina. Eso me han dicho muchos—respondí yo—; pero así puedo dejar de beber á todo mi bene-

plácito, como si para sólo eso hubiese nacido. Mi vida se va acabando, y al paso que las efemérides de mis pulsos, que á más tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado.

En esto llegamos á la puerta de Toledo. Yo entré por ella y él se apartó para entrar por la de Segovia.»

Poco antes, hallándose muy enfermo, el 2 de Abril de 1616, quiso cobrarse de la protección seráfica. Tal era su debilidad, que por no poder salir de su casa hubieron de darle en ella la profesión de la Venerable Orden Tercera de San Francisco, cuyo hábito había tomado en Alcalá el día 2 de Julio de 1613. Ved otro nuevo enlace que tiene Alcalá con el autor del *Quijote*. No sólo le dió vida material y luego el bautismo en la iglesia mayor famosísima. Dióle también otra nueva añadidura de vida con esta profesión franciscana, que corresponde absolutamente á la generosidad de tal hombre para el que todo fueron persecuciones, atropellos y miseria y en cuyas páginas no se encuentra una sola exclamación de queja. Modo de santidad que bastaría á una reputación de varón perfecto.

J. ORTEGA MUNILLA

EL CONCURSO LITERARIO

(CUENTO)



JUAN Cernoff, como toda criatura nacida sobre la rugosa corteza de la tierra, tenía su sino. El libro del Destino tendría dedicadas á él unas hojas, quizá algunas páginas, acaso no más que unos renglones; de cualquier modo, en mucho ó en poco espacio, allí estaría escrito, con la tinta indeleble de la fatalidad, la senda inextricable que el espíritu de Juan Cernoff había de seguir paso á paso mientras fuera prisionero de la materia.

Todos tenemos temores que no podemos apartar por completo de nuestra imaginación. A veces son tan pueriles, que después de pasados pretendemos desecharlos, ridiculizándolos, pero que, al presentarse de nuevo, nos causan una inquietud invencible: es que nuestro espíritu está ligado á la materia por un sinnúmero de fibras, correspondiente cada una á una sensación psíquica; si alguna de esas fibras es tan débil que no puede resistir el continuo choque de la sensación que debe percibir; si por vibrar demasiado se rompe..., en ese momento el espíritu se habrá separado de la materia.

Juan Cernoff era el resultado de la unión de un ruso enclenque y degenerado y una cubana histérica. Su madre murió á los pocos días de darlo á luz, y así Juan quedó á merced de amas que cuidaban de aquel niño esquelético y contrahecho, como se puede cuidar al cerdo que, al presentarlo gordo en el mercado, ha de recompensar en monedas de oro los desvelos y privaciones que ha costado durante el año. Así aquella criatura, venida al mundo como el cultivo de un microbio, pasó los primeros años de su vida en una aldea de la sierra, sin otros cuidados que preservarlo de la muerte. Nicolás Cernoff, su padre, regresó á los cinco años, y después de pagar con espléndida retribución á la mujer que

había cuidado de su hijo, lo recogió para hacerlo entrar en un Internado, donde harían su educación, dejándole á él en absoluta libertad para atender á su delicada salud en climas y balnearios.

Creció Juan sin una mano que acariciara sus cabellos al despertar, sin que un beso maternal depositara en su frente el ensueño de una noche. Su figura enfermiza y repulsiva alejaba de su lado á los niños de su edad, que se mofaban de él ó le propinaban, al pasar, alguno que otro pescozón. Así, desde niño, en su eterna soledad, sintió que pesaba sobre él un Destino fatal, y sintió miedo de cuanto le rodeaba, convencido de que todo le era hostil. Tenía miedo á sus compañeros y miedo á las alimañas que le arrojaban para gozar de su cobardía. Deseaba que llegara la noche para encerrarse en su habitación; pero cuando se veía solo, sin más luz que la que arrojaba la débil lamparilla que el tiempo había ennegrecido, sentía un miedo invencible y una fiebre intensísima golpeaba sus sienes. Veía de entre las sombras surgir fantasmas, que danzaban á su alrededor amenazándole con sus manos descarnadas. Al entrar en su habitación, rebuscaba por todos los escondrijos, temeroso de que alguien, oculto, esperase á que se hubiera acostado para asesinarle en su propia cama. Cuando se convencía de que se hallaba solo, comenzaba á desnudarse, temeroso siempre y sin dejar de pasear la mirada por la celda—muy especialmente cuidando de la puerta—; y una vez acostado, hacía por dormir, sin conseguirlo, abriendo los ojos á cada instante, hostigado por su miedo invencible.

Durante los años que permaneció en aquel Colegio no llegó á tener un solo amigo. Los profesores reconocían en él una inteligencia nada

vulgar; pero aseguraban, al mismo tiempo, que ningún provecho podría sacar de ella, ya que su imaginación calenturienta no le permitía detenerse en un estudio, pasando rápidamente de unas ideas á otras. «Es un niño enfermo—decían—, para quien el mundo será siempre un fantasma, una cosa irreal que no llegará á comprender.»

Hacia poco tiempo que había cumplido Juan quince años, cuando un día fué llamado al despacho del director. Era la primera vez que esto sucedía, y Juan sintió miedo á esta llamada. El director era un buen hombre, gastado en el trabajo, y le recibió con cariño. Juan sintió por primera vez afecto hacia aquel señor que le hablaba con acento bondadoso, y se dispuso á escuchar en silencio. El viejo profesor le habló del mundo y de sus adversidades; pero Juan no comprendía nada. Al fin le habló de su padre, y Juan abrió desmesuradamente sus ojos redondos y le miró.

El director le dijo:

—Hay que tener resignación; su señor padre, enfermo tantos años, ha muerto en un hotel de El Cairo.

Juan le miró más fijamente, pero á sus ojos no asomó una lágrima ni hizo la más leve manifestación de pesar. En verdad, los recuerdos de su vida no estaban ligados á persona alguna, y sólo nos arranca lágrimas la muerte de los recuerdos. No habían despertado nunca sus sentimientos y podía decirse que Juan no sentía. Para él todas las palabras, hasta la palabra «padre», sólo tenían un valor abstracto. Únicamente cuando oía á su alrededor la palabra «mamá», parecía que la sentía muy hondo y le causaba una íntima opresión, aunque tampoco pudiera explicarse claramente el por qué. El director, al

ver que Juan no se alteraba, continuó su plática interrumpida, como si hablara ya con un extraño:

—Señor Cernoff; yo siento mucho tener que dar á usted esta noticia; pero el Colegio va en decadencia y nada puedo hacer en su favor. Su señor padre había pagado, como de costumbre, el año por adelantado, y yo sólo puedo hacer abonar á usted los cuatro meses que quedan en su haber, para que no se vea abandonado y sin dinero...; pero dentro de unos días tendrá usted que abandonar esta casa. De su papá sólo puedo entregarle estos documentos que he recibido para usted, ya que, según verá por ellos, con lo poco que poseía no tuvo lo suficiente para abonar sus deudas. Sólo me resta desearle mucha resignación y mucha suerte en el mundo, señor Cernoff.

ooo

Detrás de una desvencijada mesa, en la redacción de un periódico político, se halla Juan Cernoff sentado sobre rústica silla de anea. En sus salientes pómulos y en sus hundidas sienes se pueden leer los grandes sufrimientos que por espacio de algunos años ha atravesado su ya maltrecho espíritu. Su barba crecida y desaliñada denota su apartamiento del mundo. Se halla reclinado, abandonada la vida, apoyada la cara sobre la mano izquierda y la mirada perdida en el espacio. Ve pasar ante él, desgarrando con sus dedos la penumbra de la habitación, una procesión de horribles fantasmas que se burlan de su apocamiento. Entre sus huesosas manos lleva cada uno un ejemplar de sus muchos trabajos literarios, con tanto cariño contruidos y con tanto desprecio rechazados. Aquellos cuentos eran el fruto de sus largas vigiliadas y de sus grandes ayunos. Casi podía decir que muchos de ellos le habían alimentado durante algunas horas; no porque hubiese trocado su trabajo por billetes de Banco, ni aun por algunas monedas, sino porque mientras los concibiera parecía adormecido su estómago. Pero eran ellos de una tan profunda tristeza y de una tan honda melancolía, que los directores de las revistas los habían rechazado todos con las mismas palabras: «El público quiere cosas alegres. Esto no es del gusto del público.»

Juan Cernoff saltó sobre su asiento, y sus ojos redondos, agrandados por el miedo, clavaron sus miradas en un oscuro rincón. Sí. Allí había visto á su eterna enemiga. La conocía bien en su estatura y en sus movimientos y, sobre todo, en sus manos sin carne. Era una sombra blanca, difusa, que de vez en cuando se le aparecía en actitud de rabia, amenazándole con ahogarle entre sus dedos huesudos. A su brusco movimiento, la sombra desapareció, como siempre, y Juan Cernoff rasgó con fuerza su cuello, que le ahogaba, y pasó una mano por su frente para limpiar el copioso y frío sudor que la bañaba. Ahora le había cogido prevenido; pero él tenía la firme certeza de que aquel era su Destino fatal, su fin irresistible. Cuando le hallase descuidado, la obra cruel se realizaría, y el inflexible hijo del Caos y de la Noche cumpliría su destino.

Juan Cernoff cayó sobre el asiento, abatido. Entonces miró las cuartillas, aún en blanco, que tenía ante sí, y recordó el trabajo que se proponía realizar y para lo cual se había quedado aquella noche en la redacción después de marcharse sus compañeros. Una gran revista nacional había anunciado un concurso para premiar con espléndida suma el mejor trabajo literario.

Juan Cernoff tenía absoluta, imprescindible necesidad de aquel dinero que se prometía, y se dispuso al trabajo. Tarea inútil. Su espíritu había sufrido tan profunda conmoción, que desviaba su cerebro por el camino de lo desconocido. Su exaltada fantasía le hacía sentir sobre su cuerpo la sensación de fuertes ligaduras. Envidiaba el dolor de aquel antiguo Prometeo persa encadenado en la cumbre del Demavend, teniendo á sus pies las fértiles llanuras del Irán y paseando la mirada desde los montes Kohrud hasta la amarillenta línea del Mar Caspio, para detenerla luego, extasiada, sobre los poéticos jardines de Amol. Su rica fantasía forjaba vidas de otros mundos, se desprendía de la realidad... y las cuartillas continuaban en blanco.

Registró sus bolsillos y de ellos sacó unas cuantas pesetas, las últimas quizá, de que dispondría si no acertaba á ganar el concurso. Llamó y llamó repetidas veces, y al fin apareció,

soñoliento, un chicuelo, único ser que con él había quedado en la redacción.

ooo

Cuando el chicuelo regresó aún permanecía Juan divagando sobre el infinito y escudriñando temeroso. El menor ruido sobresaltaba su corazón. Descorchó la botella y á sorbos fué saboreando el exquisito vino. Bebió y escribió mucho, hasta que un sopor le dominó.

A la mañana siguiente encontraron á Juan Cernoff recostado sobre la mesa, inerte y con profundas huellas en su cuello, inequívocas se-

ñales de haber muerto por estrangulación. Sobre la mesa, desperdigadas las cuartillas, se encontraba un delicado trabajo literario, la mejor de las obras de Juan Cernoff, concebida aquella noche trágica, entre sorbo y sorbo de champagne.

El misterio envolvió la muerte de Juan Cernoff. Aquel espíritu macabro, de líneas difusas, de gestos de rabia y manos huesosas, no volvió á visitar aquellos oscuros lugares.

Quizá el Destino se había cumplido.

José M.^a ESPINOSA

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

TAPICES DE LA GRANJA



EL REY DONCEL

Luis Primero, el Monarca taciturno y doncel,
bajó temprano á misa, erró por el jardín,
y oyendo el pío pío de un tímido cimbel,
perdióse entre los setos de espeso bolandrín.

El pájaro volaba, y el Príncipe, tras él,
llegóse hasta el frondoso pinar de Valsain.
Por trono una majada y un roble por dosel,
resinó entre los moruecos, lamido de un mastín.

Al sol, ya meridiano, se dora el parque real.
La Granja, que se extiende del Príncipe á los pies,
parece un gran mosaico de jaspe artificial

casado, á pedacitos, por Le Nôtre, el francés...
¡Y porque todo sea porcelana y cristal,
Rey Luis, con los corderos, finge una pastoral!...

ISABELA DE ORLEANS

Entre tanto, la Reina Luisa Isabel de Francia,
—una Orleans graciosa y esposa del Rey Luis—,
como el Rey Luis la deja por la pelambre rancia
de cabras y zurrónes, y ella es poma de anís
que tiene un dulce aroma excitante y picante,
corre en el Laberinto, con gracia adolescente,
en pos de un gentilhombre, Par de Francia y galante,
que se oculta ó se deja sorprender de repente.

Cerca está el Colmenar, y á veces, una abeja
al Laberinto pasa, y libando en la oreja
de Isabela, la pica, bate el élitro y vuela.

Los bojes son biombos contra los indiscretos,
pues si el Par—abejorro—liba un beso, los setos
callarán el desliz de la Reina Isabela...

Luis FERNÁNDEZ ARDABÍN

DIBUJO DE EUSEBIO FERNÁNDEZ ARDABÍN.

DOMADORES DEL ÉXITO

ALBERTO INSÚA

No todos los domadores del Éxito, cuyo espíritu, á veces, pretendo proyectar en este retablo, han de serlo además del Tiempo, *reconsagrats*—como dicen los catalanistas de sus grandes hombres ya casi fuera de combate por llevar muchos años á cuestas—, cual si solamente la vejez diera derecho á un público homenaje de estimación, admiración ó reverencia. También tienen derecho á recibirlo los triunfadores jóvenes, los que, fecundos de energía é insaciables de gloria, no han pensado aún en reposar sobre los laureles conquistados; y de esos quiero también traer aquí, no para lanzar nuevos prestigios, sino para realzarlos y proponerlos á una merecida consagración.

De éstos es Alberto Insúa, el ilustre escritor á quien *Fab'ar Vidal*, el gran periodista que dirige *La Voz*, cuidadoso de ofrecer á su cuantioso público la más selecta literatura periodística, ha escogido para substituir nada menos que á la altísima mentalidad y á la ática y culta pluma de Félix Lorenzo. Y con esto queda hecho su elogio como cronista.

Creía yo que era cosa sencillísima el transcribir una entrevista con Insúa. Sí, sí... Imagináos un hombre tan literato que no deja de serlo ni un instante—yo creo que ni cuando duerme—; que habla como escribe, con igual exuberancia de metáforas, de citas que le provee fluidamente su enorme cultura literaria... No hay modo de retener fielmente su *causerie* sin poseer la taquigrafía, que tiene el inconveniente de rebajar al periodista al nivel del disco fonográfico.

Un botón de muestra: Reprochábale yo el injusto *post scriptum* añadido á la 8.^a edición de *La Mujer fácil*, en el que califica esta su novela de crimen, de *traspies literario*, no obstante ser una obra maestra en su género—un género que no me gusta, desde luego—, y achacábalo yo á que su temperamento, impresionable en exceso, no ha podido abstraerse aún al miedo que sufrió á raíz de aquel escandaloso éxito de escándalo, á ser encasillado para siempre entre los mercachifles cultivadores de la pornografía, ¡él, pulcro y vario artista por naturaleza!... Y me largó este discurso que extracto:

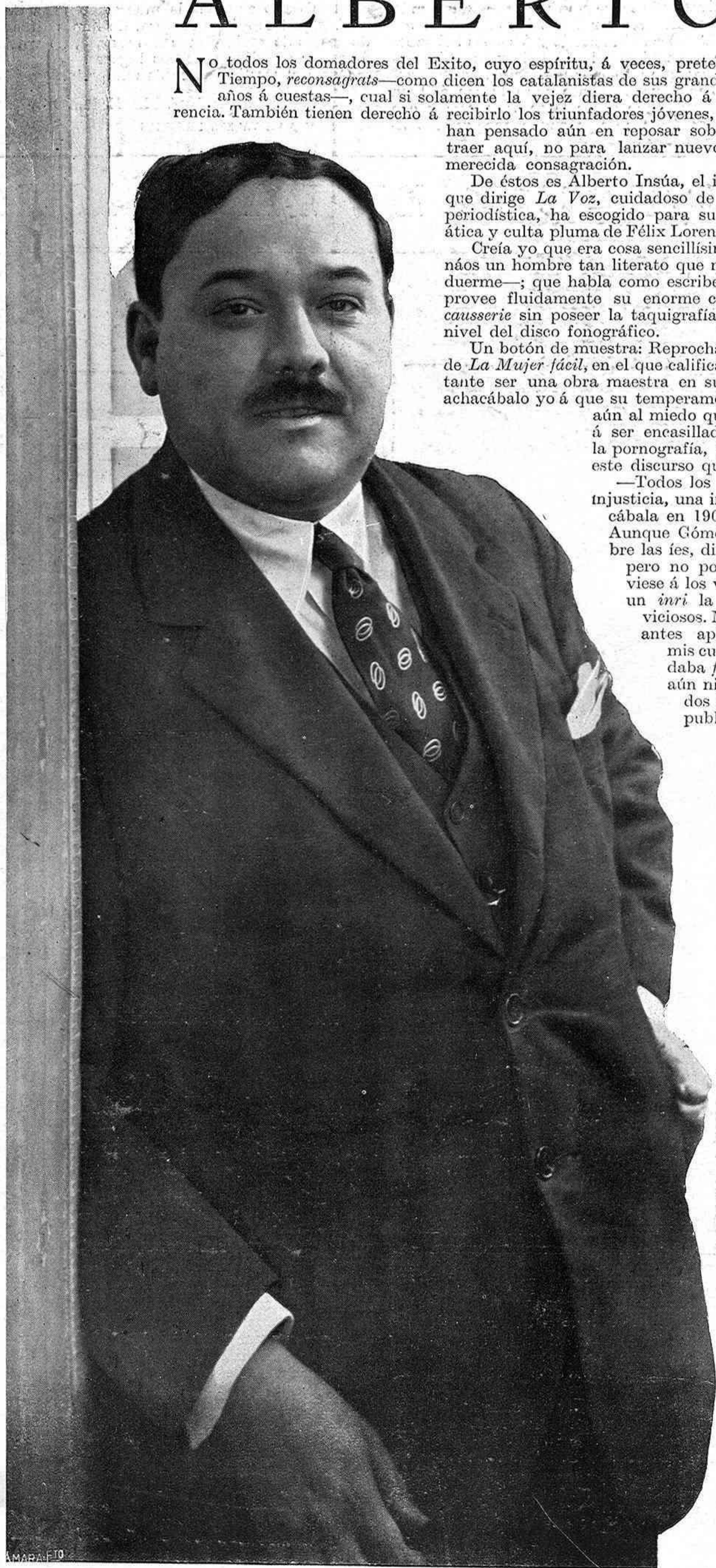
—Todos los escritores fecundos y sinceros sufren los rigores de una injusticia, una incomprensión ó una cábala. Contra mí se organizó una cábala en 1909, al publicarse con éxito escandaloso *La Mujer fácil*. Aunque Gómez de Baquero y Dionisio Pérez pusiesen los puntos sobre las íes, diciendo que ese libro podría ser licencioso y de lupanar, pero no pornográfico, quienes no podían soportar que yo obtuviese á los veintitrés años aquel éxito de librería, me colocaron como un *inri* la etiqueta de escritor para viejos verdes y estudiantes viciosos. Mi *Don Quijote en los Alpes* y mi *Historia de un escéptico*, antes aplaudidas, fueron olvidadas. Mis crónicas de *El Liberal*, mis cuentos de *Los Lunes de El Imparcial*, lo mismo... Yo quedaba fuera de la literatura. *Las Neuróticas* no han motivado aún ningún artículo; sus ediciones se agotan en silencio. Estos dos libros son los únicos, entre los veintitantos que llevo publicados, que puedan parecer malsanos. Son libros de juventud, de adolescencia literaria; carecen de medida en la distribución de los episodios fuertes, pero fueron escritos de buena fe, sin segunda intención mercantil...

—Por eso, seguramente—dije yo—, siguen gustando al público.

—Lentamente, muy lentamente—continuó Insúa—se me fué arrancando el sambenito. *La mujer desconocida*, *Las flechas del amor*, la novela del amor humilde; *El demonio de la voluptuosidad*, la del deber conyugal; *Los Hombres*, la de la perfecta casada y madre ejemplar, y, sobre todo, *El Peligro*, la del amor perverso y cerebral—la que más estimo—, demostraron mi intención de no confinarme en un género ni en un tema literario, y de estudiar todos los aspectos, para mí visibles, del amor...

—Pero ahora está usted en pleno éxito—le dije yo.

—Ahora..., en mi tercera fase literaria; y me prometo tener cuantas pueda, no anquilosarme nunca, «renovarme ó morir»; ahora mismo, con motivo de mis novelas *Maravilla*, *Las fronteras de la Pasión*, *La batalla sentimental* y *Un corazón burlado*, abundantemente juzgadas y aplaudidas, se inicia otra cábala, menos áspera, pero también enojosa, que la anterior. Se pretende que *me he vuelto atrás*, que soy un diablo ermitaño, que aspiro á ser el novelista de las derechas y que dentro de poco saldrán mis libros con la censura eclesiástica. ¡Ojalá! Pero mi inquietud mística no hace más que comenzar en esas tres novelas, y aún—soy joven—ha de ocultarse para permitirme arrancar jugosos frutos del árbol de la vida. Sin caer nunca más en los excesos de mi período erótico, ¿quién puede calcular las páginas amorosas que escribiré aún? Sólo que, habiendo llegado, á fuerza de años y de labor, á conocer mi oficio, esas páginas ya no serán desproporcionadas. El amor, siendo el manantial de la vida, no es toda la vida. Y del placer y del deleite se puede prescindir. Esta verdad inspira mi obra actual y será norte de la futura. ¿Venus solamente? No. Venus y Minerva. ¿Paganismo á todo trance? Jamás. Y, en último caso, entre Jesús, el del holocausto y la pureza, y Jove, el de las metamorfosis sexuales, Jesús mil veces. Sí... Hablando de *Maravilla* la condesa de Pardo Bazán, me llamó novelista cristiano. Esto soy; no quiero ser más; me basta. Novelista cristiano, novelista del amor con subs-



AMARFI



Alberto Insúa en su mesa de trabajo

tancia de sacrificio y fuerza de caridad. El otro amor no es verdadero amor...

—Muy bien, Alberto—le dije—. Es usted un orador... ¿No ha hablado usted nunca en público?

—Eso mismo me han dicho muchos. No he actuado como orador más que dos veces: una, de alumno del último curso de Derecho, en la Universidad de esta Corte, donde estudié toda la carrera. Sobre una mesa de disección, en el anfiteatro de la Facultad de Medicina, pronuncié un enérgico discurso contra Cierva, que con unas reformas en la enseñanza había soliviantado a los escolares, y el discurso los alentó de tal modo que ocasionó una crisis parcial y la salida de Cierva del Ministerio. Antes también de concluir mi carrera, debuté como orador en la Academia de Jurisprudencia, y después en el Ateneo, y quedé tan bien que no me he atrevido a hablar en público en ninguna otra parte, de miedo a no quedar lo mismo que entonces...

—¿Fue usted aplicado en sus estudios?

—Sí. He sido de esos estudiantes de sobresalientes y matriculas de honor...

—¿Usted es cubano?

—Nací en la Habana, hijo de padre español, D. Waldo A. Insúa...

—Ilustre escritor—interrumpí.

—Y de madre cubana, D.^a Sara Escobar de Cisneros. En la Habana, en el Colegio de los jesuitas, de Nuestra Señora de Belén, estudié mis primeras letras, en un ambiente netamente español. Era como estudiar aquí. A los seis años me trajeron mis padres a la Península, y pasé uno en Santiago de Compostela, que me dejó para siempre una impresión melancólica y noble de España. Vuelto a Cuba, y encendida la insurrección separatista, yo, criado en un ambiente de fervoroso españolismo tan grande, que al hundirse la escuadra española, en mi casa lloramos como una desgracia íntima que nos hubiese acaecido, me declaré, naturalmente, españolista... Y así como otros niños cubanos llevaban bajo la solapa la banderita separatista, yo ostentaba con orgullo la española... Sin embargo, ahora, en la madurez de mi vida, me ha entrado una pasión muy viva por Cuba. Yo aquí no puedo ser más que madrileño. Todos ustedes tienen su pueblo natal, al que aman con nostalgia, donde pasaron sus primeros años... Yo echo de menos mi pueblo. Siento una nostalgia muy honda por la Habana; tanto, que más adelante, cuando los años me den derecho a escribir las Memorias de mi infancia, tengo el proyecto de escribir un libro: *La Patria perdida*, evocaciones de un niño, en quien el amor filial y la educación recibida y el ambiente bajo el cual vivió no le dejaron ver la justicia de aquella guerra libertadora de Cuba, no obstante amarla tiernamente...

—¿Cómo influye en nosotros la sangre materna!

—¿Qué sé yo! Aunque es verdad que el primer Presidente de la República cubana, en campaña, en período constituyente, fué D. Salvador Cisneros, marqués de Santa Lucía, exonerado luego, naturalmente, tío carnal de mi madre, ha de reconocerse que los apellidos maternos Escobar y Cisneros no pueden ser más españoles... Este amor que surge en mí hacia Cuba, cada vez más fuerte, es algo más que fruto de una nostalgia y mandato de la sangre materna: es algo así como un deseo de compensar a una madre, la patria chica, del cariño que por influencias extrañas no se le dió como el sentimiento natural pedía.

—¿Dónde publicó usted su primer artículo?

—En *Nuevo Mundo*. Se lo llevé a Perojo. Era yo estudiante entonces, y me empecé en leerlo, por creer que era cosa obligada. Me lo admittieron; y cuando D. Francisco Verdugo, hoy insigne director de LA ESFERA, me dijo que extendiera un recibo de tres duros, sentí una alegría indescriptible. Y mire usted: si entonces aquellos tres duros me parecieron tres astros rutilantes, hoy tengo fama de cobrar mis trabajos periodísticos a la francesa; es decir, caros, y creo que todos los escritores debíamos hacer lo mismo.

—Por lo menos, yo procuro hacerlo también...

—añadí—; y luego, para darle ocasión de mostrar unas facetas de su espíritu, le pregunté:

¿Por qué estuvo usted reñido tanto tiempo con...—aquí un nombre de una artista conocida.

—Por una de mis muchas ingenuidades. Todo el mundo sabe que esa artista no es muy exagerada para su aseo... Estábamos en día de reunión en su casa varios escritores, y no sé quién le dijo: «Ensenémos la ropa blanca.» Me cogió distraído, y, sin darme cuenta, pregunté extrañado: «¿Blanca?» No me perdonó en ocho años la involuntaria ironía.

—¿Qué motivó el hacerse usted periodista?

—La guerra europea. Me apasioné de tal modo por la causa de los aliados, que quise irme a pelear por ella en la Legión Extranjera. Mi padre me dijo que eso era un crimen, teniendo hijos. Y yo, que los quiero no ya con ternura, sino como un león, desistí de mi romántica idea, y opté por defender a los aliados como corresponsal de *A B C* en París.

También yo sé otro rasgo suyo de compañerismo que revela la índole de su corazón. Dirige Insúa la sección francesa de la importantísima Casa Editorial Rivadeneyra, que han fundado un ingeniero y un novelista ilustres: Luis Montiel y José Toral. Un escritor poco afortunado, sin serle conocido personalmente, le escribió solicitando que le diese unas traducciones, con cuyo importe podría salir de un mal paso. Sin más recomendación, y sin esperar nada del solicitante, le envió tres y le salvó de un apuro...

—¿Qué prepara usted ahora?—le dije al concluir esta entrevista.

—Otra novela, que publicaré a fines de Mayo: *El negro que tenía el alma blanca*. Pasa en el mundo de las Varietés. Salen en ella todos los tipos más conocidos de la *Literaturay* del Teatro.

—¿Decimos algo del argumento?

—Bueno. Es un negro, un fenómeno del baile, el Caruso del *fox-trot*; gana sueldos fabulosos. Refinado por la civilización, acaba por tener espíritu, gustos y sentimientos de hombre blanco, hasta el punto de enamorarse de una chiquilla madrileña, a la cual adiestra en el baile, y la hace primero su pareja y pretende hacerla después su esposa. La chiquilla, obligada por su padre, casi rendida por la espléndida dote que el enamorado negro le ofrece, accede; no obstante la repugnancia que le inspira el color de su futuro, a quien por lo demás quiere como a un hermano, como a un padre, como a un bienhechor, y a quien quisiera amar como a un marido. Pero desde que accede a casarse languidece, enferma... Entonces el negro renuncia a aquel sacrificio y se sacrifica él; pero la tristeza, la melancolía de comprender que cosa tan tenue como la piel separará para siempre, cual la más recia muralla, dos corazones nacidos para amarse, le hace languidecer; le cuesta la vida...



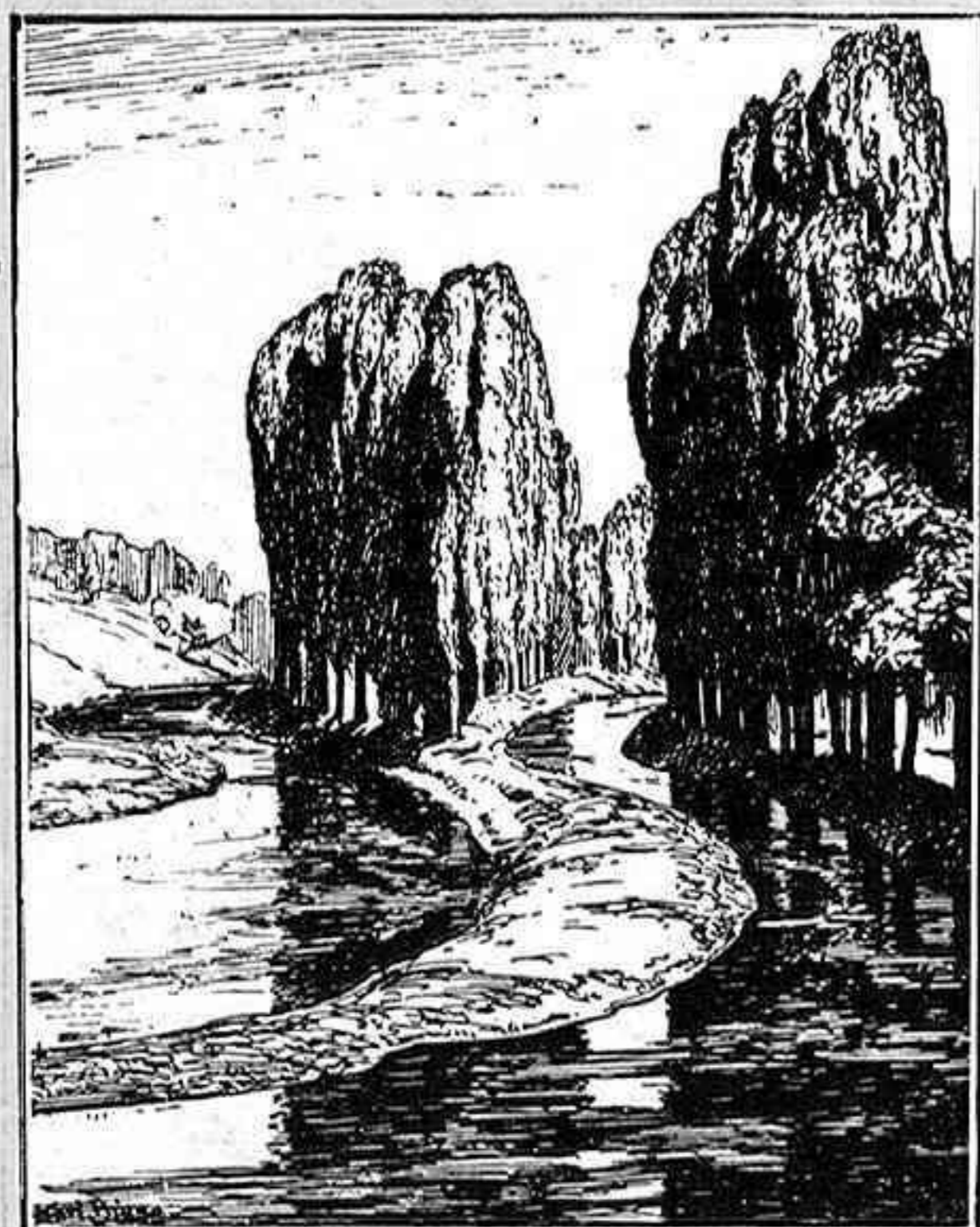
Insúa con sus hijos

FOTS. CAMPÚA

E. GONZALEZ FIOL

TONOS DEL PAISAJE

por Francisco A. de Icaza



DE PLATA ÁLAMO Y ARROYO

En el fondo del barranco
alguien llora: es la sonata
del río cuando desata
un rizo ondulante y blanco
en cada guija de plata.

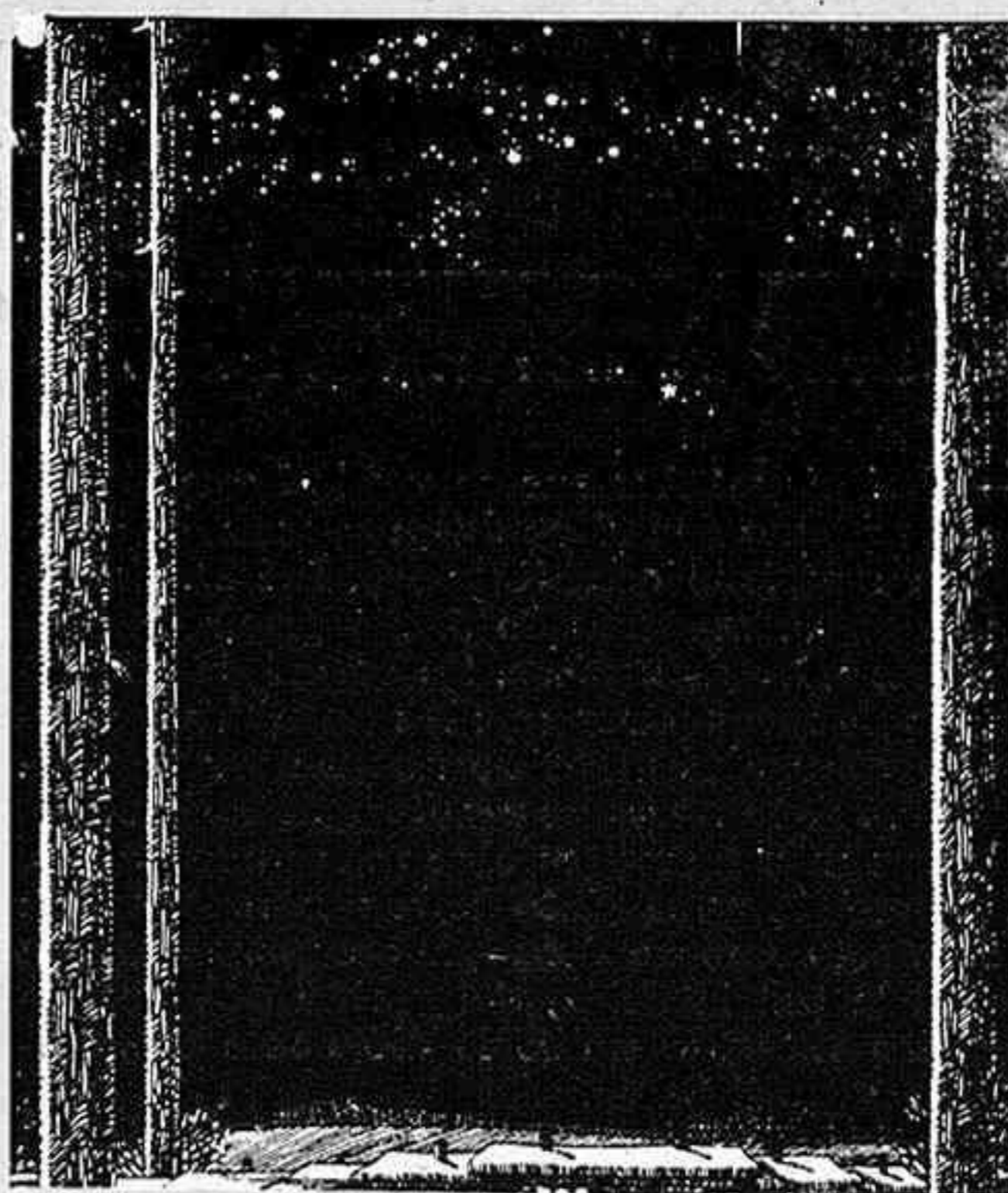
En la cima del barranco
alguien ríe: es la sonata
del viento cuando desata
de aquel alamito blanco
los cascabeles de plata.



DE ACERO LLUVIA

Ya las aves vuelan bajo:
es que viene el aguacero.
En las piedras del atajo
interrumpe su trabajo
de vaivén el hormiguero.

De pronto, cual si de cuajo
rodara el monte al estero,
retumba el trueno en el tajo
y tiende la lluvia abajo
sus barras color de acero.



PENUMBRA AZUL NOCHE ESTRELLADA

Como polvo de estrellas es la luz de la luna;
de la inmensa planicie los confines dilata
en un mar sin orillas, y á lo lejos auna
con la tierra, azul gris, el espacio, azul plata.

En el monte lejano arde ya la fogata;
es un punto rojizo que se transforma en una
llamarada vivaz de reflejo escarlata
y en una nubecilla más blanca que ninguna.

Y hasta allá va mi mente por los blancos senderos
que atraviesan el valle y ascienden por el monte,
y en la línea indecisa del borroso horizonte
se juntan con los otros trazados con luceros.
Hasta allá va mi mente de la tierra cansada,
peregrina de mundos en la noche estrellada.



DE COBRE VESPERAL

El pastor su rebaño en el redil encierra,
y del prado brumoso viene una voz lejana:
es aguda en la esquila y grave en la campana...
Una niebla de ensueño se extiende por la tierra.

El cobre del ocaso se funde en rojo brillo,
y luego es amaranto, es pálido violeta,
es sombra y es silencio. Ya sólo canta el grillo.
Húndete, corazón, en esta paz completa.



DE ORO EN LOS TRIGOS

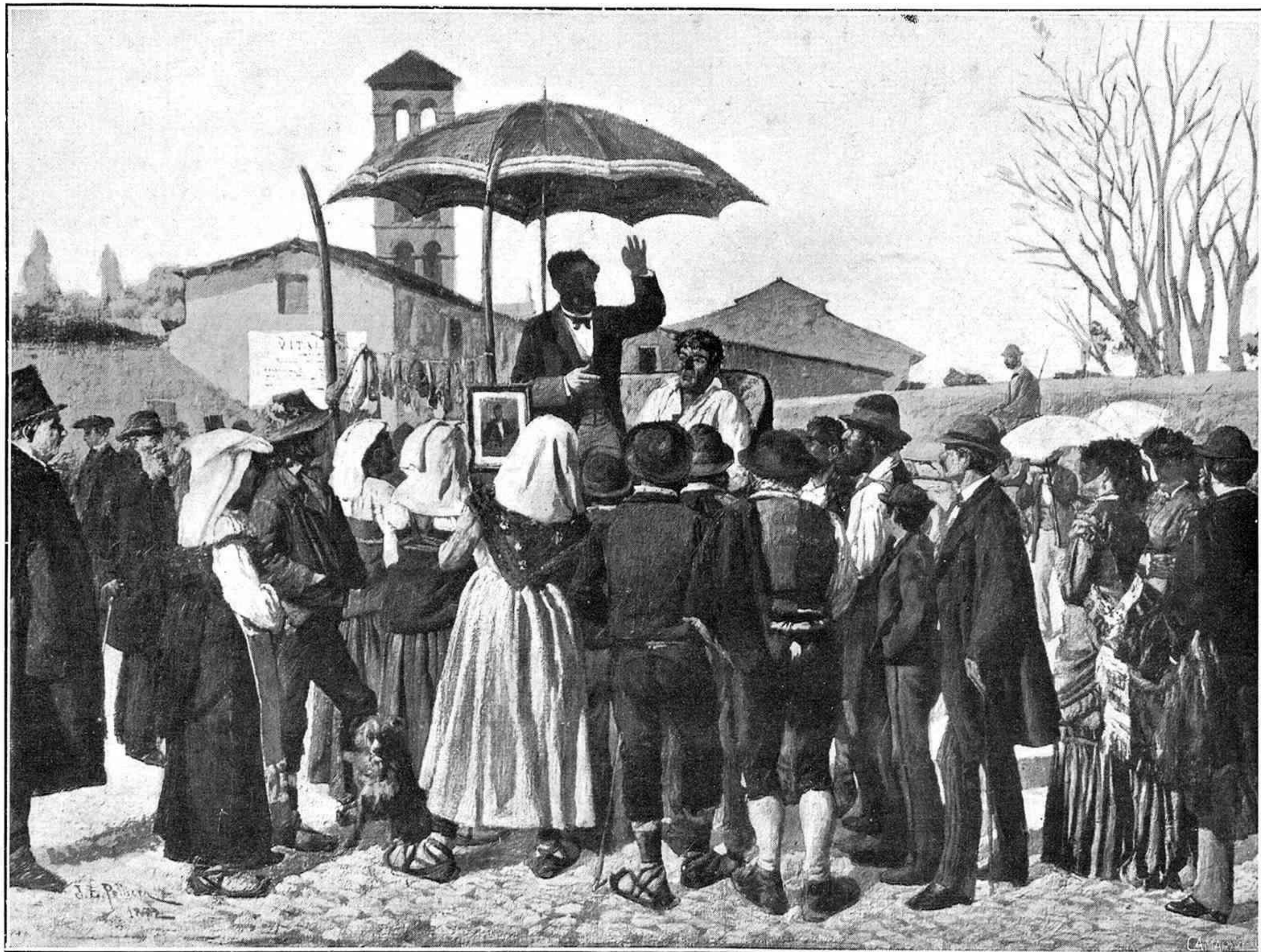
Bajo el oro vespertino,
sobre las mieses doradas,
mueve sus aspas dentadas
pausadamente el molino.

Con enormes paletadas
echa del cielo al camino
sobre las mieses doradas
el tesoro vespertino.



MIRANDO AL PASADO

EL CHARLATÁN



HE aquí un tipo madrileño y españolísimo que no acaba de desaparecer definitivamente.

Vémosle aún en las plazas de los barrios populares, dando gusto á las almas sencillas y regocijando á los señores graves.

Distraer á los serios, ya es algo, nobles y amables cofrades.

Esa silueta pícaro que ambula de extremo á extremo de la villa, es conocida vulgarmente por sacamuelas, charlatán, montabanco, dicho más clásicamente.

Respetemos al charlatán, en nombre de la ciencia médica y de la conquista del garbanzo. Esos oradores callejeros que nos distraen unos momentos realizan un bien á la humanidad, curando *gratuitamente* los más agudos dolores. Ellos ponen el remedio al alcance de todas las fortunas; ellos ensayan sus productos maravillosos; ellos, siempre altruistas, ponen dinero encima para que los enfermos se curen.

¿No habéis pensado alguna vez que detrás del hombre que se esfuerza en hablar y ensalzar su medicamento hay una familia numerosa esperando pan?

Respetemos al charlatán y hagamos, con cierta admiración, su historia á través de los siglos.

La plaza Mayor, la de la Berenjena, Rastro, Portillo y Lavapiés fueron siempre los lugares escogidos por estos vivanderos que rodaron con la corriente de la vida, conservando su traza de hidalgos.

A mí siempre me ha parecido que en la charla de estos hombres simpáticos perdura el sabor genuino de la rancia fullería española, y que son como figuras, como personajes vivos de un libro de picardía.

Por lo crudo de su lenguaje y por los tram-

pantojos á que aluden, atraen; por su vida libre y andariega, envidiables son; por su ingenio y sencillez, simpatizan; como hombres, dignos son de compasión.

Para atraer á los curiosos y desocupados, inventan juegos artificiosos, discursos disparatados, muecas y gestos ridículos. Es muy añeja la receta culinaria de un charlatán que enteramente parecía hermano espiritual del nunca bastante comprendido Marcos de Obregón, explicando el suculento plato que se sirve en los palacios de los cortesanos, nombrado relleno imperial. Decía así:

«Este relleno consiste en meter un huevo dentro de un pichón, el pichón dentro de una perdiz, la perdiz dentro de un pollo, el pollo dentro de un capón, el capón dentro de un faisán, el faisán dentro de un pavo, el pavo dentro de un cabrito, el cabrito dentro de un carnero, el carnero dentro de una ternera y la ternera dentro de una vaca. Todo ha de estar lavado, pelado y desollado, menos la vaca, que ha de estar con piel. Y conforme se van metiendo unos en otros, se han de coser á dos cabos. Después se hace una fosa, se echa en ella un carro de carbón, luego la vaca, encima otro carro de carbón. Se prende fuego durante cuatro horas. Después, se saca el substancioso manjar y se come.»

Aquel charlatán clásico era el mismo que en las mascaradas iba vestido con hábito de albéitar, una cesta repleta de ventosas y estopas y una muy larga jeringa. Subido en el carro, aplicaba las ventosas á un borrico previamente amarrado de pies y manos á dos fuertes palos. Metiendo en aquéllas buena cantidad de estopa, y prendidas con una vela, iba pegándolas en el pescuezo del jumento, levantándose gran humareda y fuerte olor de chamusquina.

Otras veces, disfrazábase de doctor, ridícula y exageradamente. Tomaba el pulso á un perro, le sacaba la lengua, calábase unos anteojos y, haciendo espantos y ascos, arqueaba las cejas.

Armado del gatillo de extraer dientes y de la cajita con tarros de unguentos y pomadas, el charlatán levanta su tablado en los sitios más concurridos.

Fuerza es, para su industria, que le acompañen tres ó cuatro *puntos* de la gallofa, bien conocidos por el pueblo, y que pasan inadvertidos para los incautos que forman corro.

Para juntar la gente, el charlatán da grandes voces, como un loco.

Llegan los *puntos*, rompiendo el concurso de la gente, compran los compuestos, se dejan lavar la boca y hasta arrancar las muelas, provocando así á los ignorantes.

En las cajitas y botes, va una poca de harina desleída con agua, y en los emplastos un poco de cañamazo bañado con sebo y cera.

Se acerca otro *punto*, fingiendo gran dolor de muelas; abatiendo el gatillo, el *doctor* pone en él otra muela, pedida para el efecto á un amigo barbero. Todos alaban la destreza, mientras el pícaro jura no haberle dolido.

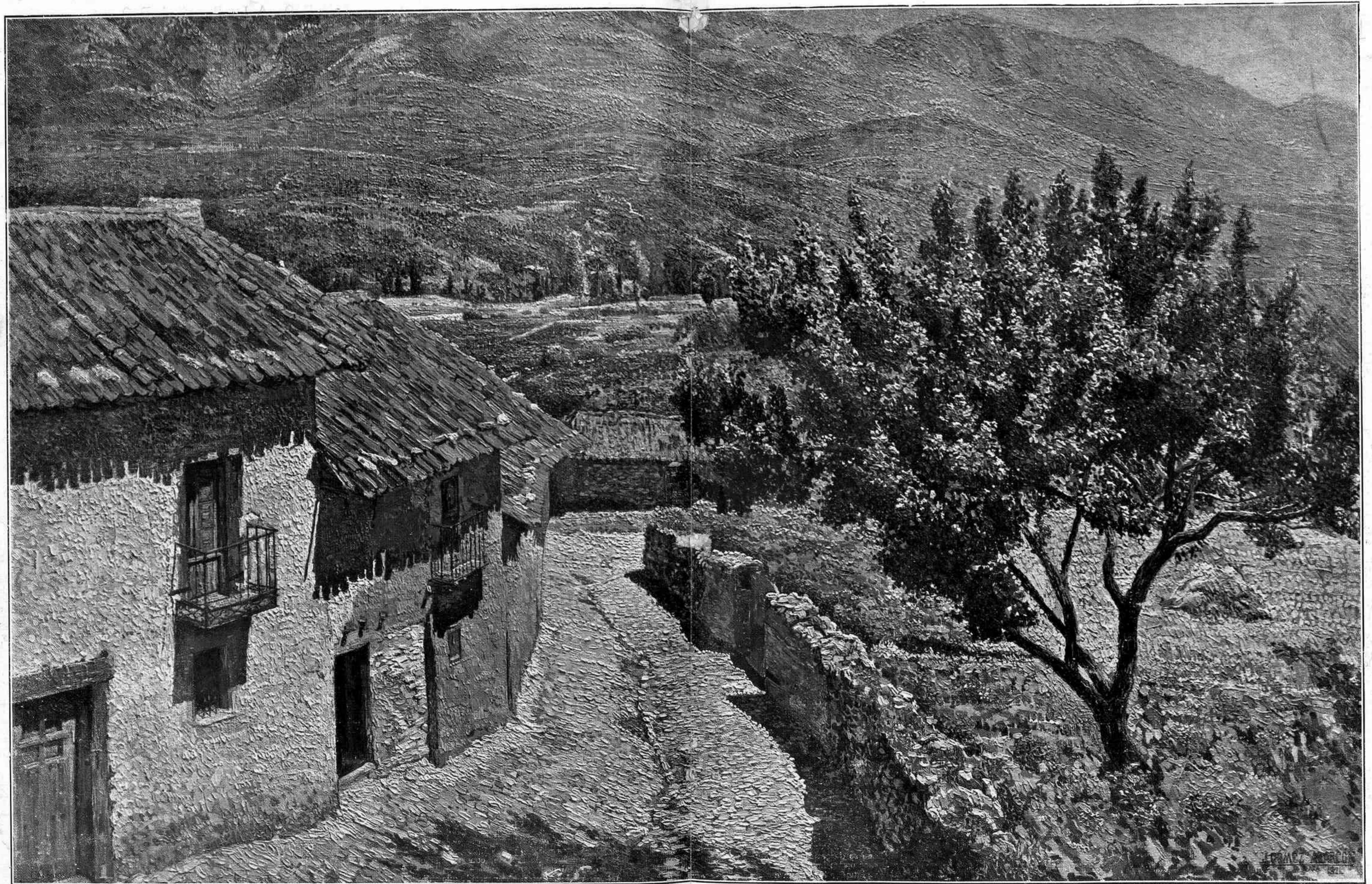
Se aproximan algunos inocentes á remediar sus dolores. El charlatán háceles creer que no está la muela en disposición de sacarla; les aplica uno de los emplastos, les saca el dinero, les consuela.

Ellos se alejan satisfechos, agradecidos, y el charlatán corre á otra plaza, á dar voces y seguir mintiendo.

ANTONIO VELASCO ZAZO

CUADRO DE PELLICER

PAISAJES ESPAÑOLES



MEDIODÍA (RIAZA)

Cuadro original de Juan Ángel Gómez Alarcón, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

BIBLIOTECA
MADRID

MOMENTOS

EN TORNADO AL PAISAJE

NOCHE. Sombras. Todo duerme y reposa en silencio. Horas de paz, de quietud, de calma, de claras y divinas transparencias. Horas profundas y morosas, en que el espíritu, redimido de las preocupaciones diurnas, tiende sus alas con su vago deseo de eternidad. Es en este momento soberano y augusto en que la Naturaleza parece descansar en su sueño de mística quietud, de pétreo serenity, cuando el alma se sutiliza y escapa en un transporte de inefable gozo. Y es entonces cuando vive su vida maraíllosa y fecunda, preñada de íntimos fervores y dolores, encendida de santa impaciencia, atormentada de divina inquietud... Algo misterioso y solemne desciende de lo alto inundando nuestra conciencia de sincera contrición, de piadosa indulgencia, de bondad misericordiosa. Díjase que la obscuridad y el silencio tienen la virtud de elevarnos á las más altas cimas de la idealidad y el ensueño. Hay algo de prolífico en estas horas de calma suprema, de goce mudo, de estática serenity. De noche todo parece inducirnos á la meditación y el recuerdo. Es como un escape de toda nuestra vida interior hacia las ruinas de todas nuestras pasadas grandezas, de nuestros dolorosos desencantos. El día es demasiado luminoso y prosaico. Todo él es vulgar, anodino y frívolo. La vida sólo tiene en estos momentos una significación clara y única: el movimiento. Autos, coches, tranvías, *motors*, carros, obreros manuales, negociantes, especuladores, empleados, trabajadores, modistas pizpiretas y traviesas, gente holgazana y perezosa, «público municipal y espeso», y sobre todo este mundo ruidoso y simple, el sol, cómplice impasible de la vanidad y de la estupidez humanas.

La noche es el ambiente para los que viven con el alma suspendida de una idea, de una quimera ó de una ilusión. Hasta para la misma vida, sus horas son fecundas, inagotables y generosas.

¡Oh, serenidad augusta y solemne de la noche! Tú tienes la virtud soberana del silencio. Tu alma es casta, ingenua, piadosa y mística. Tus horas están hechas de maravilla y de misterio. Por ellas fluye el enigma del mundo como una interrogación. El espíritu va á ti sediento de ideal, llevando la honda pesadumbre de todas las desilusiones; la tristeza irremediable de todas las supremas melancolías. En tus sombras vive un infinito de misterio, que es paz de remanso para todas las almas atormentadas por la divina locura del pecado. Nuestro pobre corazón andariego y romántico se acogió á ti, sediento de bondad y de ternura. Para todas nuestras miserias y cobardías, para nuestras secretas renunciaciones, para nuestras ansias insatisfechas, para nuestras quimeras irrealizables, para nuestra vida atribulada por el infortunio, el desamor, el deseo y la muerte, tú tienes un velo de sombras que cubre las concupiscencias de nuestra carne y un gesto mater-

nal que acoge, misericordioso, las impurezas de nuestras almas.

¡Paz, mansedumbre! ¡Quietud, meditación! Serena grandeza del paisaje. Sobre estos campos de Castilla planos, rasos; sobre esta tierra tonsurada y seca; sobre esta llanura grave y austera como un cenoviarío, la luna fulge con la vaga melancolía del recuerdo.

¡Castilla, Castilla, madre nuestra! Como la cariátide del templo arruinado, sueñas todavía con las fiestas floridas; hay en tu gesto inmóvil y pensativo, acre y ceñudo como el rostro de un hidalgo, la estoica resignación de tus mártires. ¡Vivir, olvidar! ¿No es esa acaso la significación profunda de nuestra existencia? Duerme la llanura bajo un cielo de esmeril. La ciudad se alza humilde sobre la roquedad, y lejos, en el horizonte, ondula la curva de los montes mondos y pedregosos. Todo en el paisaje es pardo, sobrio y ceñudo, como esas gentes que viven en hermandad con la tierra. ¿A qué lugar venturoso llevaron los pájaros sus nidos? ¿Por qué no canta el agua en los regatos, ni se desliza el arroyo por los frondosos lentiscos, ni trae el viento el aroma capitoso de los pinos sagrados, ni suspira la brisa en los jarales floridos, ni en las finas hojas de los cantuesos fragantes?

¡Noche misteriosa y sagrada! Yo te bendigo y reverencio, porque te debo esta luz que arde perenne y viva en mi espíritu y esta emoción que tiembla en mi corazón como un aliento ó como un suspiro. Para tí son estas inquietudes que me atormentan y estas angustias que

me torturan, como el único tesoro que poseo sobre esta tierra deleznable y concupiscente, donde al final de la jornada he de encontrarme triste y desventurado como nuestro padre Don Quijote.

¡Oh, altísimo é incomparable poeta, caballero de la loca aventura, gran artifice, creador de humanidad, que supiste colocar tu alma más allá de toda frivolidad inquieta, y has labrado un universo de formas ideales y desconocidas! Como tú, llevo en el traje el polvo liviano y pecaminoso de todos los caminos; en el corazón, la amargura de todas las tribulaciones, y en el alma, la pluma al viento de todas las quimeras.

Deja que yo sienta en mi corazón aquel acorde de tu sensibilidad que ha hecho estremecer al mundo de admiración y de orgullo. Que sea tu obra como esa luz que tiembla eternamente en la clara pupila de las estrellas. Que mi pensamiento vuele á ti en esta noche de calma serena, de religioso silencio, de reposo infinito, en que la luna lentamente, calladamente, va derramando sobre la ancha llanura, sobre la suave pendiente de las laderas, sobre la línea ondulosa de los cerros, sobre la vieja ciudad dormida en su adustez secular... su immaculado blancor de eucaristía.

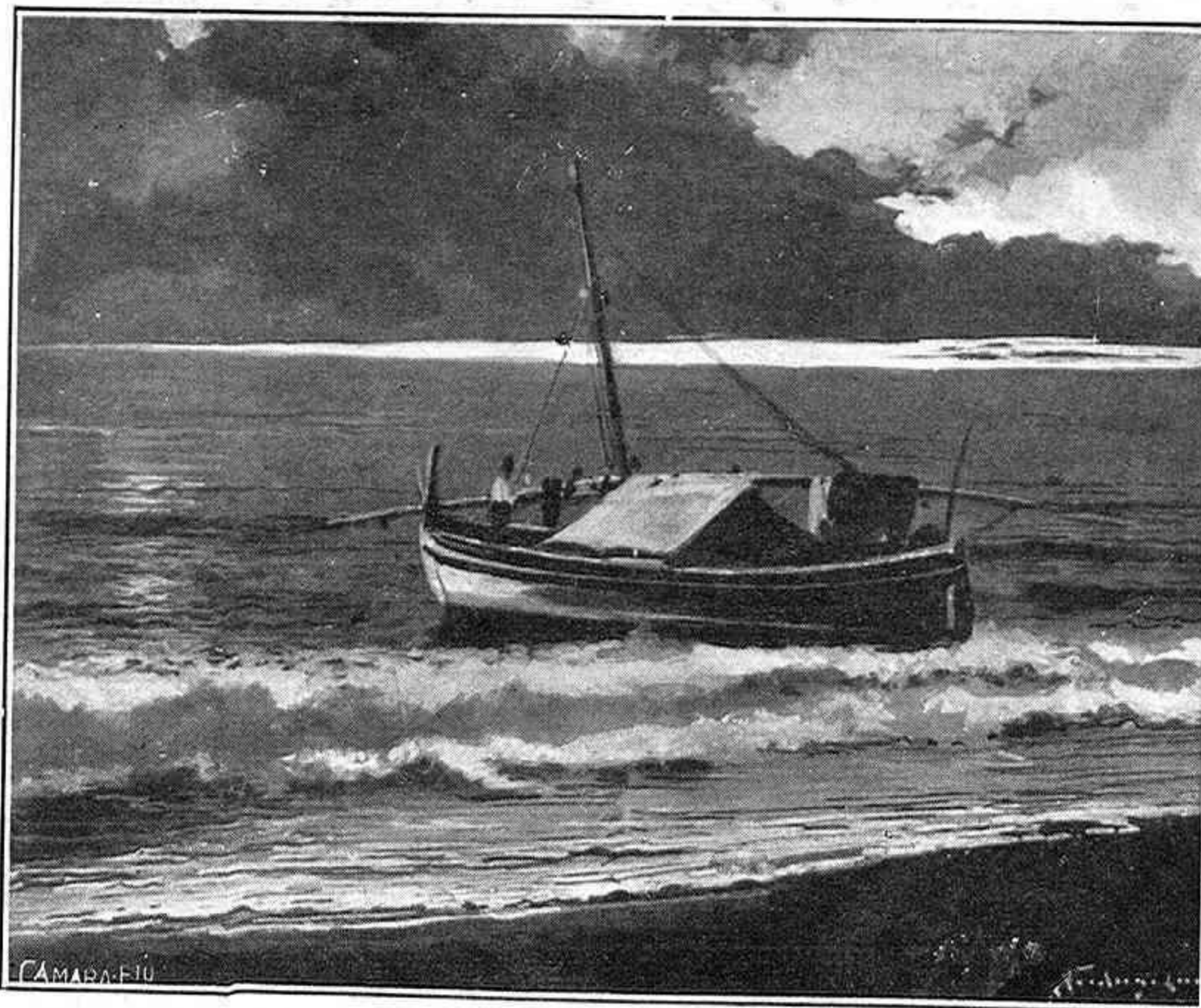
Pero, ¿qué veo? ¿Qué ruido es ese, blando y temeroso, que se percibe en el campo? ¿Qué luz es esa que baña de tenue claridad la cumbre de la montaña vecina? ¿De dónde viene esa niebla sutil y translúcida que se extiende por el

ancho firmamento? Está amaneciendo. Pronto llegará el día ruidoso y prosaico, venal y frívolo, y pasarán estas horas de plenitud ideal, de exquisita pureza, de deliquio rústico. ¡Corazón, corazón mío! ¿Por qué tiemblos? ¿No sientes en derredor tuyo esa música inefable, clara y sutil que desciende de lo alto y pasa rauda como un deseo, vaga como un aliento, tenue como un suspiro, dorada y riente como una ilusión? ¡Pobre alma, atormentada por todas las impacencias, consumida por todos los deseos; asca amarilla y roja, donde el amor quema sus más sutiles fragancias!

Aún es niebla en el horizonte y el cielo. Un vago claror lechoso cae sobre los campos. El espacio se va poblando lentamente de sonidos. El cielo tiene un suave color amatista; cantan los tórtolos en la dorada quietud de las mieses. Tiembla la luz blanca en el rubí encendido de las viñas; cabrillea sobre la pompa de las hortalizas; salta presurosa por la parda monotona de los ribazos; corre á deslizarse por el limpio repecho de las lomas; trepa monte arriba acuchillando los pinos de sombras, y en la distancia sólo se escucha la lenta acortación de los cencerros, y la voz clara y sonora del bronce, que se desgrana en anchas ondas musicales y va inundando la llanura de una infinita melancolía, de un doloroso desencanto.

Federico M. ALCAZAR

POEMAS DEL MAR



EL MAR DIJO Á LA BARCA...

*El Mar dijo á la Barca: «¡Interrumpe el descanso!
¡No te dejes morir de inercia en la ribera!
¡Mira que no hubo nunca victoria en el remanso
ni floreció en el yermo jamás la Primavera!»*

*Y la Barca le dijo: «Yo quisiera salir
del puerto, pero siento temor á naufragar!
¡Soy débil, soy cobarde, tengo miedo á partir!
¡Me asustan las tormentas, y la Noche y el Mar!»*

*Y la Vida le dijo á mi Alma: «¡Camina!
¡No detengas tu paso, divina peregrina!
¡El descanso es la Muerte! ¡Vivir es caminar!»*

*Y contestó mi Alma: «¡Me amedrenta el Destino!
¡El corazón es débil y es mug largo el camino!
¡Tengo miedo á la Muerte, como la Barca al Mar!»*

RUTA

*Amada: es el instante de partir
sobre ese incierto mar ancho y sonoro.
Cíñe á mis sienes el laurel de oro
bajo el fuego del sol del porvenir.*

*La barca es débil, pero yo soy fuerte.
No temas que naufrague mi navío.
Jamás mi corazón venció el hastío
ni me arredró el fantasma de la Muerte.*

*Pondré mi voluntad en el timón,
y aunque el Destino varjar quisiera
nuestro largo viaje, no podría...*

*La ruta está marcada. El corazón
dirigirá la nave á la ribera...
¡Yo seré el timonel y tú el vigía!*

Ernesto LÓPEZ PARRA
DIBUJO DE VERDUGO LANDI

EL BAILE Y LAS BAILARINAS

EN aquellos buenos tiempos de la Carrito, de la Taglione, de la Maury, el arte del baile no tenía nada de espontáneo ni de genial. Era sólo una colección de movimientos, de contorsiones, de descoyuntamientos, vaciados en el mismo molde, mientras el rostro estereotipaba una sonrisa insípida, incolora, inexpresiva. Todo era homogéneo: los pasos de danza siempre iguales, uniformes, geométricos; los brazos al aire, continuamente en ademán de ofrecer; los trajes, en los que la poca tela no mejoraba el gusto, y la coronita ridícula y antiestética que ceñía los rizos estilo Directorio...

Así, sin darle emoción al ritmo, y con el cuerpo aprisionado por arbitrario indumento, se bailaba en las épocas de Gounod, de Meyerbeer, de Saint-Saëns, de Verdi. Delibes, ¿supo exigir que á la interpretación de sus obras asomase el arte? Creo que no. Delibes vería interpretar su *Silvia* sin que el alma de las bailarinas viviese un solo momento en comunión con el alma que había puesto en el pentágono.

Una estampa, una de esas estampas tan emotivas, tan sugerentes, de la segunda mitad del pasado siglo, da la visión de las lecciones de baile en los años que nuestros abuelos le rendían homenaje de admiración á Rosita Maury. Dos figuras son las que se destacan: la del maestro, ventrudo, apoplético, armado de una estaca para señalar los tiempos, y la del violinista, alto, encorvado, enjuto hasta lo inverosímil, que pacientemente va arrancando nota tras nota á su desventajado instrumento para que las futuras diosas de la danza ensayen sus pasos clásicos. ¿No da este dibujo—que es muy vulgar—idea exacta de que cuando estas diosas menores lleguen á un escenario llevan muerto el espíritu y totalmente ausente el concepto de arte?

Aún no hace muchos años se consideraba que el bailable, interpolado en cualquier escena lírica, era sólo un festín voluptuoso de buenas formas.

Realmente, tenía derecho á triunfar sobre el arte del baile, entonces de muy dudoso gusto, el encanto de unas caras bonitas y de unos cuerpos hermosos.

ooo

Los bailes rusos, los primeros en parecer con nueva modalidad artística, condensaron todo su afán innovador en un localismo oriental, sujetando á él las combinaciones de los colores y los sonidos de los instrumentos para que por completo no se sintiese la ausencia del espíritu que tenían aquellas danzas primitivas de caucásicos, tártaros y turquestanes. A pesar de ello, los bailes rusos consiguieron realizar el milagro de unir á la plasticidad la exteriorización de sensaciones. Parecía, al contemplar sus *ballets*, al recrear la mirada en sus pantomimas, y ver usar para ellas todo el cuerpo y poner toda el alma en traducir los significados de la música, no que habían transcurrido unos cuantos años, sino unos cuantos siglos desde que el maestro ventrudo y apoplético marcaba los tiempos con una estaca para que las pobres bailarinas condensasen su arte en las piernas.

La coreografía teatral, con los bailes rusos, no llegó á su punto sublime y culminante. Nijinski, el de las genuflexiones galantes; Paulowa, la de los gestos plásticos; Carling, la de las figuras estatuarias, habían traído á la escena un manojo de emociones estéticas, que aún fueron insuficientes para cuanto con el arte de la danza se podía interpretar. Era necesario que así como al aparecer los bailarines rusos cesó el período de indiferencia, al dejar su escuela de ser novedad no se detuviese la evolución que se había iniciado hasta conseguir expresar, vaciados en artístico molde, todos los sentimientos humanos. El localismo oriental, dentro del que se movía el arte de Nijinski, de Paulowa, de Carling, no dejaba extender la mirada hasta donde les hubiesen llevado sus inquietudes espirituales. Ellos, que sabían de toda la barbarie moscovita, con sus juegos de muerte, sus embriagueces y sus lubricidades; ellos, que en sus ciudades, en las noches de luna sobre la inmensa llanura cubierta de nieve, verían mezclarse la pasión al sacrificio; ellos, que en sus viajes á través de la tierra contemplarían de cerca el sacro ritmo de misteriosas

religiones, en las que lo plácido se ajusta á lo tormentoso, lo grosero á lo ideal, lo humano á lo divino, con un poco de todo ello, ¿no podían haber dado nueva vida á su arte?

ooo

Porque de estos elementos, que chocan entre sí, está formado el arte de la danza en la actualidad. Diestramente le ha ido arrancando á la enorme cantera de la vida y de la historia los motivos que expresan con el cuerpo y con el rostro. Las ánforas helénicas, los frisos partenónicos, los mosaicos bizantinos, los hieroglíficos egipcios, dieron el secreto de sus perfecciones; los poemas mitológicos, las bacanales griegas, las ceremonias indias, los desfallecimientos de las plañideras ante las urnas funerarias, los gestos de los orantes sacerdotes, iluminados de fe, de los cultos complicados y paganos del Oriente, han ido dando emociones, llenando de vida, vistiendo de belleza el soberano arte de la danza.

¡Bailarinas..., bailarinas!... Hoy las bailarinas han olvidado á Meyerbeer y á Gounod, y piden las quejas, los lamentos, las alegrías, las risas, los caprichos de sus pentágramas á Grieg, á Dvorak, á Beethoven, á Chopin, á Schubert. Ya no se visten con ridículos corpiños y absurdas mallas, ni se tocan con la antiestética dorada coronita, sino que semienvuelven su desnudez entre gasas, encajes y sedas, que siempre guardan armonía en el color y hasta en el matiz del color, para que las telas sean como algo que emana del gesto y del ademán, en íntimo parentesco, además, con el significado de la música.

ooo

Tal vez una de las bailarinas más notables de la actualidad sea Ruth Saint-Denis. Tiene una cara ingenua y un cuerpo cándido; danza con la misma religiosidad de la sacerdotisa, como la ferviente vestal de una divinidad mitológica, mientras su alma está muy lejos: vaga y flota acaso por Babilonia, quizá por Samarcanda, tal vez por Nínive. Maud Allan iguala en fama á la Saint-Denis. Su cara no es de niña, ni su cuerpo tiene líneas indecisas; es grande, morena, flexible, y emociona por sus ojos de abismo y la opulencia de sus formas; baila cadenciosamente, con pasos llenos de unción, con pasos llenos de tortura, que tienen el encanto supremo de que en ellos vive un quimérico país de visiones y de ensueños. Helena Moller es blanca y rubia, muy blanca y muy rubia; llena la cabellera de rosas rojas, y ciñe el cuerpo con velos negros, queriendo resucitar en sus danzas el helenismo olvidado entre las ruinas de la Tracia ó del Poloponeso. Desiree Lubkowska copia de las momias faraónicas sus angulares posiciones para rimar la cadencia angustiosa del baile funeral. Edith Vaughan, adorable en su adolescencia, imita, con gran espíritu, las contradanzas de Corea y de Indochina. Mary Pally, ¡oh, Mary Pally!, que tiene en los ojos el alma de Egipto; el alma plena de poesía, de la ardiente tierra mediterránea, en la que ha nacido la anacreónica y el epigrama...

ooo

Cada una ha traído una nueva forma y ha impuesto una nueva idea; cada una ha rendido fervoroso culto á diferente modalidad; cada una le ha dado nuevo espíritu á un arte que aspira á parecer siempre nuevo... Tras Isadora Duncan, la reina del gesto y del ademán, y de sus aladas discípulas, Ivona, Liesel, Anna, han ido apareciendo estas bailarinas geniales que recorren en triunfo los escenarios de los teatros del mundo.

Se ha llegado á que el arte de la danza sea más refinado, tal vez, en algunos momentos, y con algunas artistas, hasta un poco enfermizo. ¿Pero no expresa algo vivo, algo que encuentra en nosotros su eco íntimo, quizá porque es un arte que está lleno de idealismo?

Lo cierto es que las antiguas bailarinas, llenas de ropa, despertaban el instinto, y las de hoy, semidesnudas, sólo hablan al espíritu.

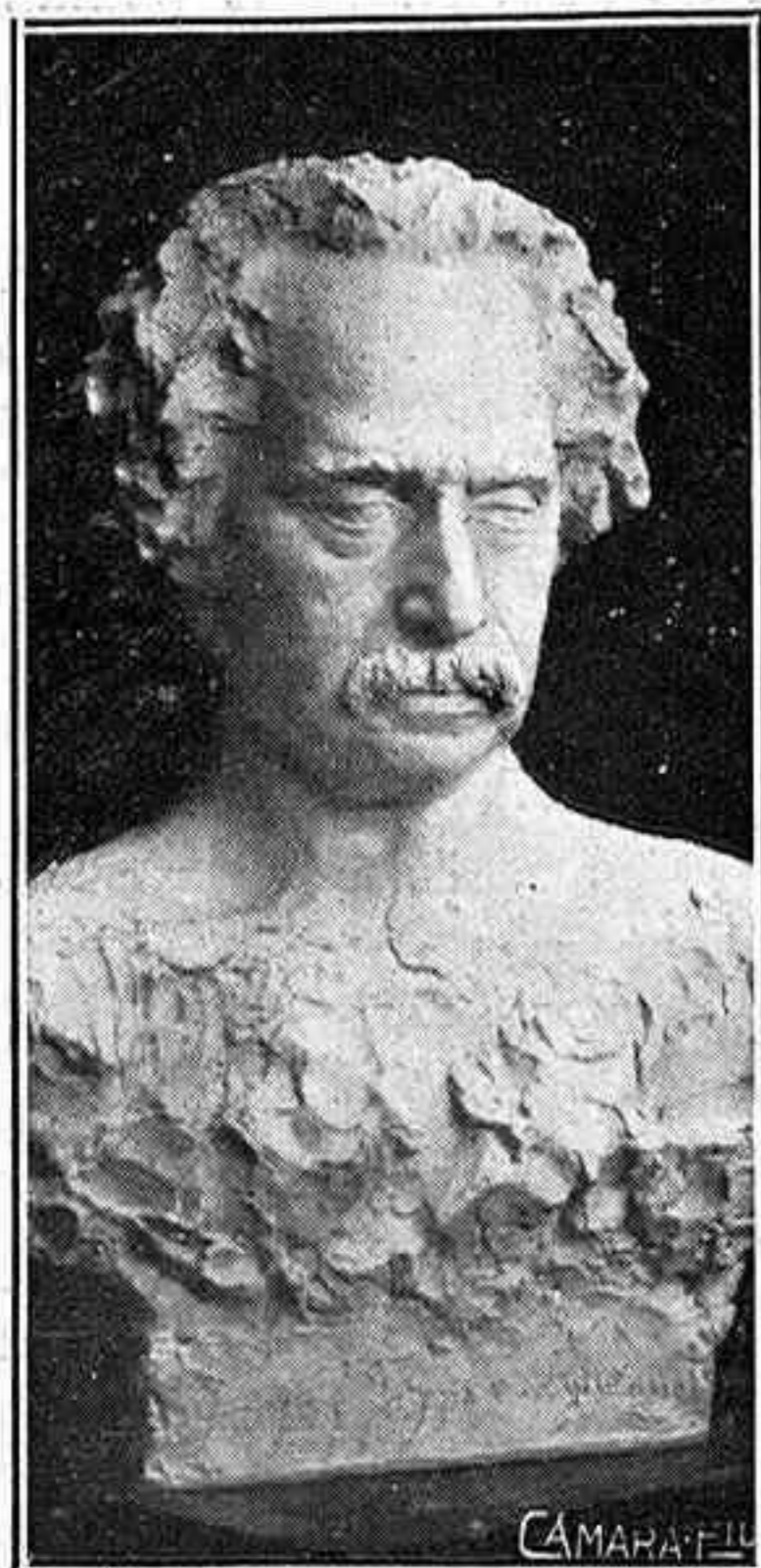
LUCIANO DE TAXONERA



ISADORA DUNCAN
La célebre bailarina
norteamericana

ARTISTAS AUSTRIACOS

UNA VISITA Á CARL GELLES



«El gran filósofo Popper Linkhens»

EN el quinto piso de un palacio de la aristocrática calle del Ayuntamiento, tiene su *atelier* el Sr. Carl Gelles, presidente de la *Unión de Escultores y Pintores Vieneses*.

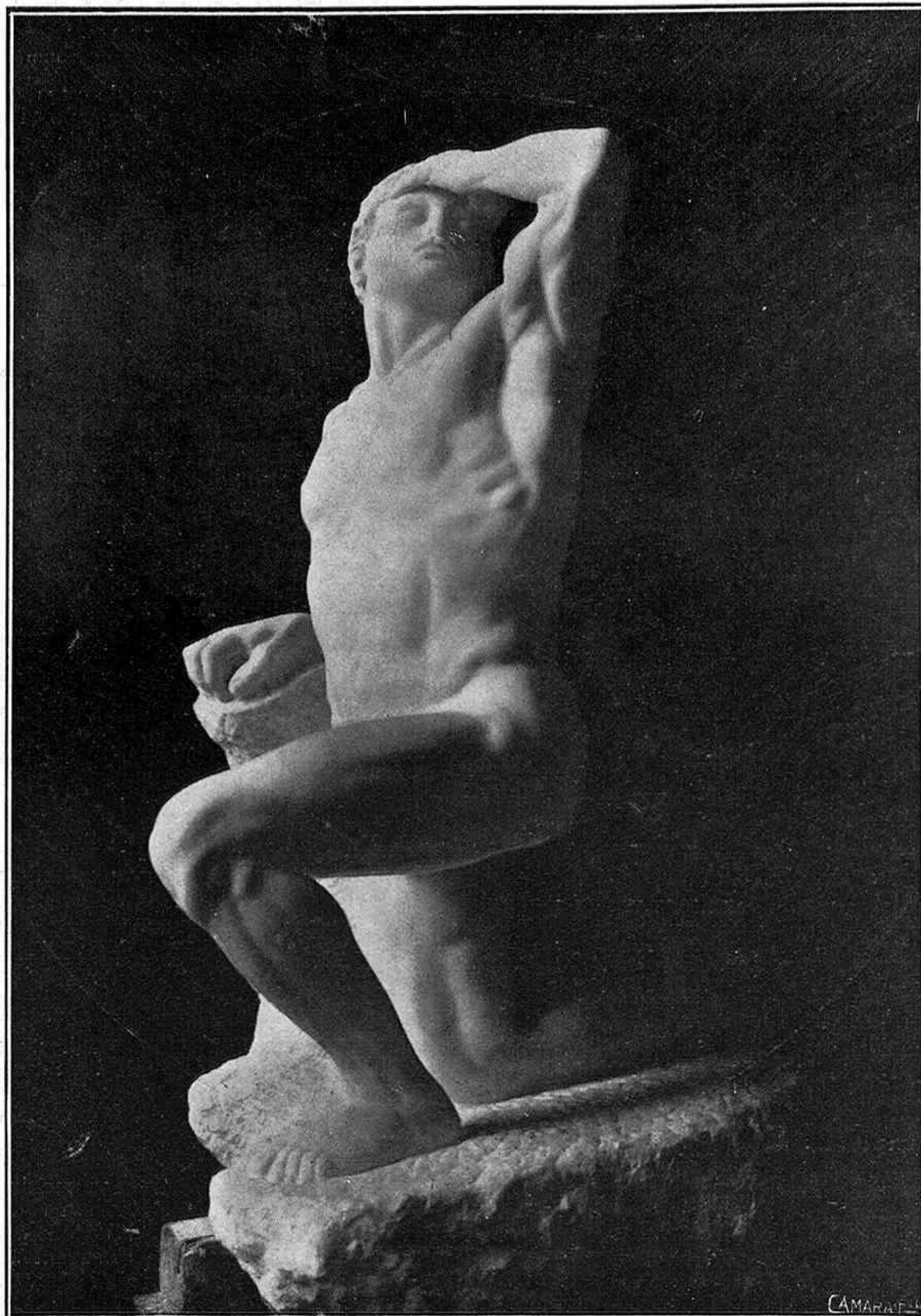
Al decirle su criado: *Un señor español ha venido para saludar á usted*, el Sr. Gelles dejó caer rapidísimamente el cincel que tenía entre manos y vino á mi encuentro.

En correcto y puro castellano deseóme la bienvenida y cortésmente invitóme á entrar en su *atelier*, cuajado de obras preciosísimas.

Apenas sentados, suena el teléfono en una pieza contigua, y el Sr. Gelles se excusa de tenerme que dejar unos minutos, que yo aprovecho para ver las obras del *revolucionario* escultor vienés.

Digamos, en seguida, que nada tiene de revolucionario el Sr. Gelles, ni en el sentido artístico, ni en el político; pero en esta ciudad, que, á pesar de su *republicanismo*, sigue siendo una inmensa *conservaduría*, tanto en el terreno de la Política como en el de las Artes, el más prudente y cauteloso innovador pasa por demagogo, y al Sr. Gelles han rebautizado con el nombre de *revolucionario* sus enemigos, que á la vez lo son de que las Bellas Artes sigan el rumbo lógico y natural de las cosas de este mundo...

Las esculturas que con fruición admiro delatan la popularidad y el saber de Gelles, pues en busca de él han venido á este *atelier* las mujeres más hermosas, los políticos más célebres, los literatos más afamados y los aristócratas más apergaminados... De las manos del artista han salido bustos y estatuas de lo más aca-



«Símbolo de la guerra»



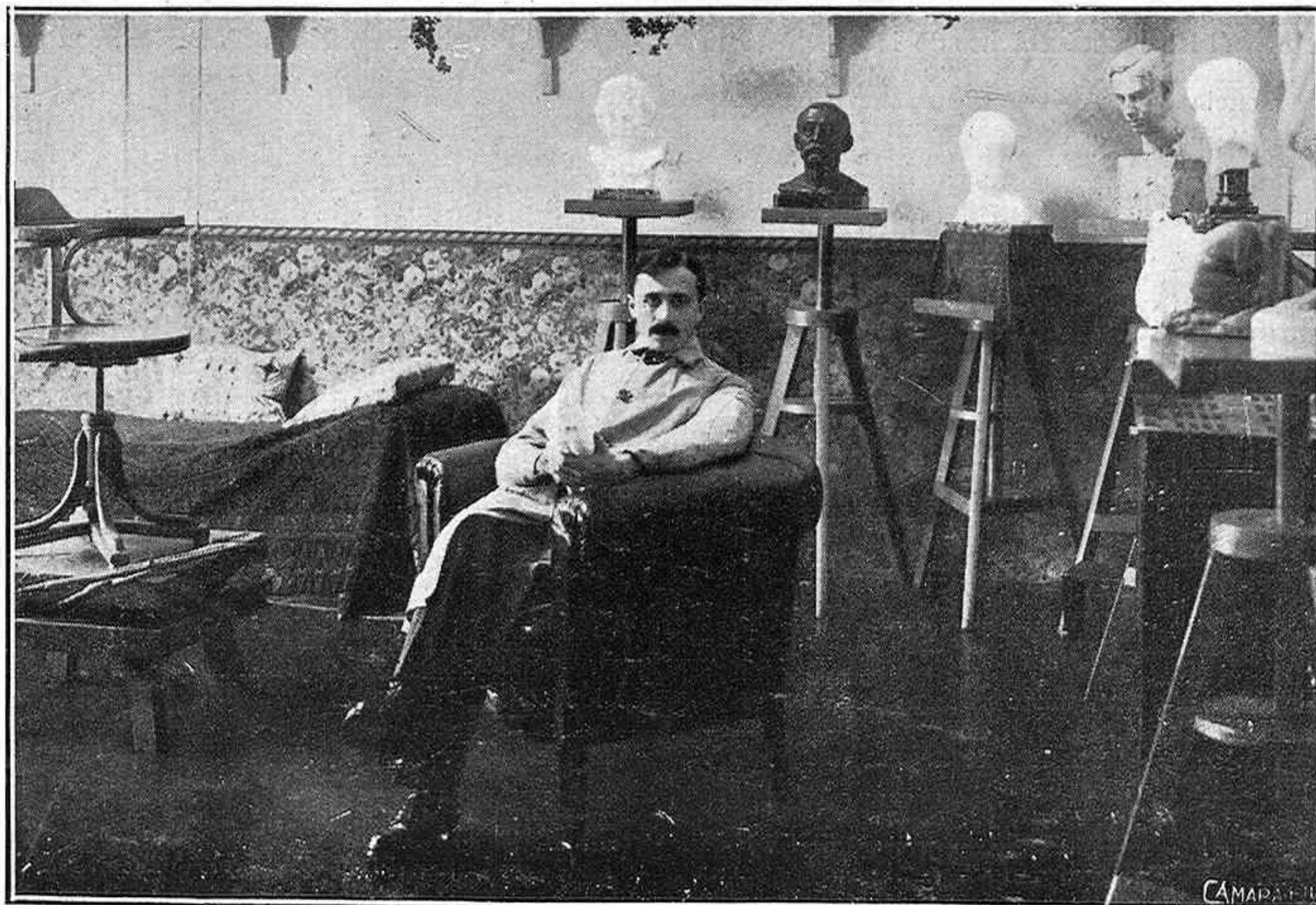
«Lily»

bado. Gelles maneja el cincel con la misma virtuosidad que antes de ser escultor manejara la pluma, de la que salieron notables obras literarias y hermosísimas composiciones musicales.

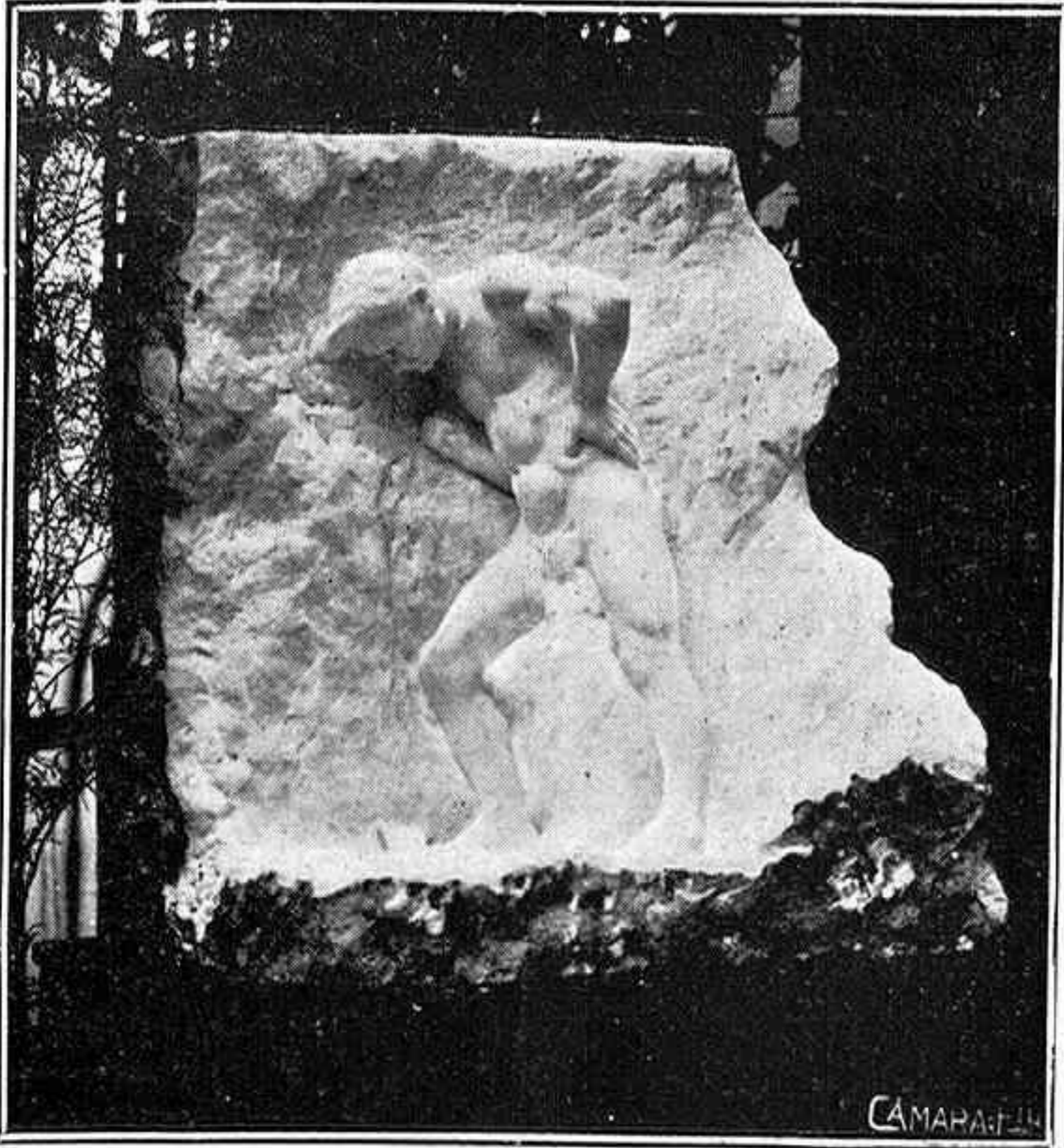
Las cabezas de niños, de Gelles, son copias del natural; el mármol respira y se vivifica en las manos del artista. Sus torsos de mujer, de placentera voluptuosidad y belleza, tienen todos una nota decente que los hace simpáticos á los ojos del observador más *moralista* y *sensible* en materia de desnudeces. Pero lo que más caracteriza á Gelles es su concepción artística, siempre ingeniosa y sencilla, jamás afectada, y en las obras de libre interpretación, su fantasía inagotable y su técnica, que hasta en los más pequeños detalles traiciona la influencia de las obras del gran Rodin, su estimado maestro. Gelles no hace nunca la más mínima concesión al público amante de sensaciones ultramodernistas; sus obras son fiel reflejo de su alma de artista, y en ellas los rasgos más insignificantes son la expresión verdadera de la idiosincrasia.

La cabeza de su padre es una obra maestra que Gelles produjo con el más acendrado cariño, con el mayor esmero artístico; el busto del gran filósofo austriaco Popper-Lynkhens, no menos portentosa que aquélla, le valió en 1920 el *Premio de honor de la Villa de Viena*.

Clásica es la figura que simboliza la guerra: en el gesto del hombre que la encarna puso el artista todos los horrores de la eterna tragedia humana... Notable y grandiosa en su sencillez es la figura titulada *Be-*



El escultor Carl Gelles en su estudio



«Beire.ung»

interesante para los artistas. Y de España pasamos á París, donde el Sr. Gelles vivió también algunos años, y como todos los artistas, por humildes que sean, tienen un granito de orgullo..., enseñame una carta de su maestro Rodin, que el inmortal escultor parisino le escribió en 1913, después de haber visto en una Exposición de París algunas obras de su ex discípulo. Esta carta la conserva el Sr. Gelles como una reliquia, dentro de un marco de oro, y en ella el maestro Rodin felicita á su ex discípulo por los éxitos obtenidos en la *Ville Lumière*. Termina Rodin su carta augurando al Sr. Gelles un *avenir plein de lauriers*...

—Los laureles que Rodin le deseó á usted en 1913 los tiene usted ya—digo yo, afectando no dar mucha importancia á la frase pronunciada con la intención de arrancarle al artista algunas palabras relacionadas con el Arte y el movimiento artístico en la capital de Austria...

freiung, representando la lucha del hombre contra todo lo que le esclaviza; y, finalmente, los retratos de Gelles son de una exactitud y semejanza rara vez igualadas por otro escultor austriaco.

De regreso, el Sr. Gelles me pregunta:

—Y bien, ¿qué tal?...

—Sorprendido y admirado—contestó—. Sorprendido de oírle hablar un castellano tan castizo, y admirado de sus obras...

El Sr. Gelles, muy humilde, demasiado humilde, hace como si no hubiese oído mis tres últimas palabras, y sentándose á mi lado, me habla de la hermosa lengua castellana, que aprendió durante su estancia de dos años en España, y pondera nuestro país, á su juicio el más



«El padre del autor»

El Sr. Gelles, que ha sido periodista, *viéndome venir*, ó, mejor dicho, entreviendo el terreno á donde yo quiero llevarlo, se esquivo con estas palabras:

—No me gusta hablar de mis obras, ni de las de mis compañeros... Cada artista hace lo que puede y lo que sabe... Yo he hecho poco, muy poco hasta ahora, y lo poco que ha salido de mi cincel se lo debo á mi maestro Rodin y al estímulo de mis admiradores.

—¿Y no piensa usted en ir á dar una vuelta por España?—le pregunto al artista en el umbral de la puerta, hasta donde ha tenido la amabilidad de acompañarme.

—Es mi deseo y mi esperanza—contesta el Sr. Gelles—; pero lo dejo para cuando tenga las dos cosas que me faltan: *dinero y fama*...

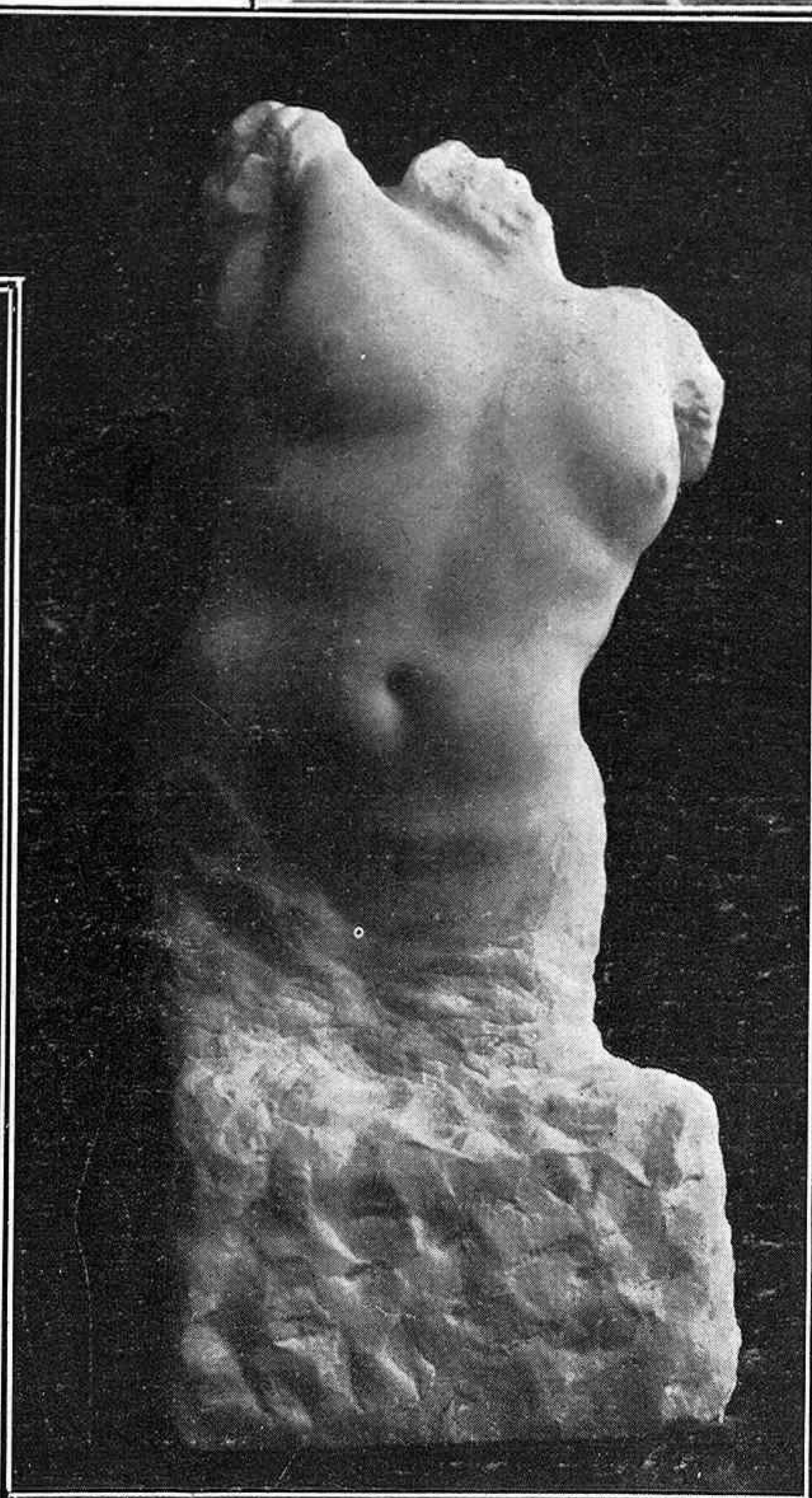
Queridos lectores: ¿No os lo decía yo? El Sr. Gelles es muy humilde, demasiado humilde... Algo inconcebible en los tiempos de desenfundada egolatría y de *bluff* á todo trapo.

DANUBIO

Viena, Diciembre de 1921.



«Maria»



«Torso de mujer»

PARISH, BIENHECHOR
LOS NIÑOS DEL CIRCO



Los niños del circo son niños de la tarde. Por la noche no van al circo más que los niños que gastan monóculo y fuman, los niños decadentes que se dan cosmético en el pelo.

Esos niños de la tarde son niños felices—no hay ninguno de luto—, que se ponen de pie y gritan por cualquier cosa, como verdaderos parlamentarios.

—Que se levanten los que digan que sí—les dice el clown, como un presidente de Congreso, y todos se levantan, porque se trata de saber quién quiere el largo caramelo con «triquitrac» dentro.



—¿Todos?—pregunta el clown, asombrado; y, después de una pausa, dice:

—Que se sienten los que estén cansados ó tengan el estómago sucio...

Algunos niños ingenuos, que obedecen siempre, se sientan. El clown, entonces, comienza á tirar sus largos caramelos con petardo dentro, y se elevan en

el aire esos ramilletes de manos que se exaltan en toda competencia y con los que se encontrarán en toda hora peticionaria, ¡en muchas peores competencias de la vida!... ¡Y mucho más fieras y gafas manos como serpientes venenosas!

El circo, que es la plaza de toros de los niños, tiene las exaltaciones—los jueves y los domingos por la tarde, sobre todo—de los tendidos en los momentos solemnes ó pintorescos de la corrida. Es en el circo donde los niños ensayan sus facultades de futuros espectadores de los toros...

La gritería unánime de los niños que se levantan á lo mejor, es la gritería que recibe el picador cuando pone una mala puya, ó la que merece el matador que ha metido el estoque al toro con desacierto de consumidor.

Es una fiesta de toros más dulce, á cuyos caballos muertos substituyen los payasos que se hacen los muertos y que se lleva por un pie el matador, arrastrándoles como si fuese él solo las mulillas.

Es esa corrida del circo una corrida de catorce ó diez y seis toros, porque cada número es una sorpresa y tiene, al salir por la puertecita por la que salen los artistas, el arranque del toro cuando sale del toril. Primero se hace el silencio y el público se sobrecoge en sus gradas. ¿Será el toro alegre ó el toro triste? ¿Será el toro que se sube á la cerca de la pista, y como el que salta la barrera se mete y se precipita sobre el público, causando un gran pánico en los de la barrera y contrabarrera?

La tarde de niños del circo tiene algo de tarde de rebeldía y revolución en una escuela: todos ellos riéndose del profesor, al que parecen haber

puesto en la espalda ese sol recordado, ese lagarto, esa escalerilla...

Y el payaso tiene algo de profesor que se ha vuelto loco, y más si es de los clowns que se embadurnan el pelo de blanco y son como ancianos que se han quedado en profesores de párvulos y se dedican á hacerles reír, porque es muy penoso hacerles aprender la aritmética.

Los niños que van al circo sienten la solidaridad á que les obliga estar frente al mismo espectáculo, y sienten cómo abrigan la pista sentados en los pupitres del Parlamento del circo, el Parlamento en que se arman los mayores guirigays.

Se ve en el circo el parentesco que hay entre todos los niños, y parece que se trata de que un padre ha tenido más de mil chicos, arruinándose en amas, en un verdadero ejército de amas... ¡Qué feliz se debe sentir ese supuesto matrimonio tan prolífico al ver á todos sus hijos juntos, en hermandad perfecta! ¡Pobre mujer! ¡Tuvo hasta cien gemelos! ¡Gran fraternidad infantil del circo el jueves y el domingo por la tarde, que de puro sorprendente que resulta lleva á pensar esos absurdos!

Observando esos niños del circo se podría decir cuál de ellos será orador, cuál tiene la actitud valien-





La misma ama que los da el pecho en el entreacto insiste en engañarlos dándoles una substancia más optimista y alegre que la de siempre, pues el ama se ha divertido también mucho.

Los payasos, los jueves y los domingos por la tarde, usan el A B C de sus gracias, leen la cartilla de grandes letras negritas y á lo más se atreven á recitar los diálogos deletreados, con muchos guiones entre sílaba y sílaba, del libro de lectura que viene después de la cartilla.

Los jueves y los domingos por la tarde nadie se debe extrañar de haber oído ya eso que el *clown* dice, pues si hace un plebiscito entre todos los niños del circo, ninguno resultará que lo sabía ni que lo sospechaba, ni que tenía el más remoto recuerdo, aunque sospechen los suspicaces que de tantas veces como oyeron sus mayores esa gracia, debiera de conservar cierta reminiscencia por ley de herencia.

No son estos del circo los niños de la tos ferina, los niños que están asustando siempre, los niños que rompen los grandes tibores de la China, los niños que se suben á los barrotes del balcón; sino que son los niños que se engañan, que dan una gran sensación de alegría en la niñez, que convidan á tener niños á los solteros recalcitrantes.

¡Dichoso barco lleno de niños el que parece el circo de Parish los domingos y los jueves por la tarde! ¡Todo el gran barco se tambalea, parece oscilar, se mueve de alegría con el levantarse y sentarse de los niños, con el echarse hacia atrás y moverse locamente en sus asientos!

Ramón GÓMEZ de la SERNA

DIBUJOS DE PENAGOS



te del que arenga, y por lo tanto será general, y cuál de entre todos llegará á ser *clown*. Esa monísima niña que en el entreacto ha recorrido,

haciendo equilibrios, un buen trecho de la barandilla forrada de terciopelo, ¿será una funámbula resplandeciente con una pulsera de brillantes en la canilla?...

Sin predecir tanto el porvenir, viendo sólo con el puro presente la variedad humana de los niños, se les conoce por sus gritos: ¡qué gritería tan diferente! Hay uno muy tímido, que no grita; hay una niña

que no pierde su coquetería al gritar; hay otra que salta con toda ingenuidad; hay otra que está asustada; hay la que sólo sonríe, porque el gran distintivo de su vida será esa sonrisa; hay el atrevido que desafía al payaso ó al elefante; hay el que mira abriendo mucho los ojos y que no acaba de enterarse de nada, porque

para lo poco que va á vivir, ¿para qué necesita enterarse? (¿Por qué no comprenderá esto el maestro de párvulos que le regaña todos los días?)

Los niños casi recién nacidos que asisten al espectáculo ponen una gran cara de extrañeza, pues les sorprende que el mundo pueda ser esa gran francachela con que se les presenta al asomarse al circo. «¡Lo que nos vamos á divertir si es este el mundo!», se dicen los pobres mamoncillos, completamente engañados.



SONRISAS
DE PRIMAVERA

LA CRUZ DE MAYO

DE la Semana Santa, de aquella lágrima de dolor caída como un contraste sobre la joven alegría de Abril, apenas resta ya más que el recuerdo... La saeta de pena y de angustia se ha hecho copla de deseo y de amor; sobre la oración que se prendía en las santas imágenes ha florecido el madrigal que se reza junto a las almas femeninas; la mística y doliente fragancia de la Pasión se ha convertido en un nupcial aroma de rosas, de azahares, de mujeres...

Nace Mayo. Primavera vuelve hacia todas las almas sus ojos clementes, y la Vida, divinidad suprema, triunfa—en la sangre, en el corazón, en el aire y en la tierra—con latidos nuevos. Se desvanecieron las trágicas siluetas de las cruces de martirio, borradas cuando sobre la última niebla del Viernes Santo lanzó su chorro de luz el primer resplandor del Sábado de Gloria. Las cruces de dolor se han hecho cruces de alegría; donde hubo sangre de agonía hoy florecen rosas de primavera; en el madero donde el amor fué crucificado, hoy ha nacido, más vivo y más riente que nunca, el amor: la cruz que ayer fué levantada sobre el barro de todos los odios, todas las incomprendiones y todas las crueldades, hoy se ha hecho con el oro de todos los idilios, de todos los fervores, de todas las quimeras...

Nace Mayo; sobre la última sonrisa de Abril ha triunfado la primera risa del nuevo mes: una risa plena, clara, armoniosa, juvenil, santa y loca... Y con el primer trémolo de esta risa, han surgido, bajo la embriaguez luminosa del cielo de Andalucía, las cruces de Mayo. En los pueblos humildes, soleados y limpios, y en las ciudades magas y bellísimas se han alzado estas cruces, bordadas con los mejores tesoros florealés de la Naturaleza: bordadas con la seda roja de los claveles, con el prodigio blanco de los azahares, con la pompa magnífica de las rosas, encarnadas como la sangre joven, amarillas como versos de otoño, nevadas como cálices de armiño...

Las cruces de Mayo, multicolores cruces de alegría y de amor, son, victoriosamente florecidas bajo un cielo esmaltado, pregón y símbolo de todas las locuras y todos los optimismos de la primavera. Ante ellas, todos los divinos tópicos, siempre viejos y eternamente nuevos, de Mayo, tornan a reír para todas las almas, porque es primavera, y la vida, como un corazón de mujer, arde en deseos y en promesas y en ensueños y en temblores... Las cruces de Mayo—la sangre de la cruz de Cristo se hizo rosas en la cruz de Mayo—son ahora, al iniciarse el mes que tiene perfume de tálamo y armonía de madrigal, el altar donde se ofrendan muchas ilusiones, se tejen muchas palabras de amor y se

encienden muchas lámparas de quimera y de juventud...

De todas las sonrisas de la primavera, es la cruz de Mayo la más aromada, la más bella, la más juvenil y la más apasionada, porque su gracia es la gracia de la Naturaleza, que sonríe ahora en la morada carne de los lirios, en el rojo poema de los claveles, en el esplendor sensual de las rosas, en la bendita sonrisa de todas las triunfantes corolas que bordan estas cruces de alegría y de amor... Otras sonrisas de la primavera en la ciudad, las sonrisas que el hombre se fabrica—el circo, por ejemplo—, son artificiales

y son, por ello, menos amables que aquellas sonrisas ofrecidas por la Naturaleza en plena floración. Las sonrisas artificiales no dan tampoco su alegría a las almas que las contemplan; en cambio, las cruces de Mayo dan su color y su luz al corazón, que entonces, más que nunca, se siente joven, alegre, poeta y enamorado, y queda, al fin, prendido, como una rosa más, entre el desbordamiento multicolor de estas cruces de pasión y de esperanza...

José MONTERO ALONSO

DIBUJO DE IGUAL RUIZ

IGUAL
RUIZ
22

LA MODA FEMENINA

REFLEXIONES DE UNA MUJER SENTIMENTAL

No conozco lugar tan apropiado á entrevistas sentimentales como el *Parc Monceau*. Aun cuando no fuese más que por la dulce evocación de aquel amor de ocaso, de Olivier Bertin, el pintor enamorado, hecho carne por el numen genial de Maupassant, mereciera la pena que todos los que se hallan en vísperas de someterse á una pasión se guarecieran en este oasis de París, en el que departen amigablemente las institutrices y las *bonnes*, y juegan con gozo alborotado los chicos, y el lago y los paseos adquieren un aspecto de atraente misterio bajo la sombra de los castaños opulentos.

Así como la avenida de los Campos Elíseos y la central del Bois son el punto indicado para un *flirtation* europeoamericano, el *Parc Monceau* es el fondo ideal para un amor nacido de carácter burgués, como el que ahora distrae mis horas de ocio y pone en peligro la tranquilidad de mi corazón.

¿Quién había de decir que yo, siempre á la expectativa de un sentimiento novelesco, de exquisita y complicada psicología, me contentaría; ni siquiera eso: me dedicaría á fomentar un coqueteo que, por las trazas que lleva, puede convertirse en algo más serio con un hombre que no posee cualidad alguna que le haga merecedor de mundana aprobación? Un hombre que, en el sentido generalmente aceptado, no



Traje de «soirée», de encaje y «paillete» de plata, con ceñidor de raso y plata

como por ejemplo, mi nuevo modelo de tarde de paño grosella y floma recta y amplia, mangas japonesas largas y de puños exageradamente anchos, cuello vuelto bastante grande y caderas sujetas por una faja multicolor de carácter oriental. La moda presente inicia una era de misterio, por lo que á la silueta femenina tan recortada en estos últimos tiempos se refiere. Vuelve con ella el encanto de las adivinanzas de las suposiciones; también quizá de los desencantos. Y la rapidez con que se han implantado las nuevas tendencias es una prueba de lo necesarias que iban resultando.

¿La falda corta? Ni siquiera para el *sport* se la admite. Un traje de *tennis* que vimos el otro día en un taller de fama, destinado á una de las mejores jugadoras de Francia, no dejaba á descubierto más de cuatro pulgadas de tobillo. Las mangas semilargas y el escote muy moderado; su forma, «camisa», pero muy amplia, y sujeta sobre las caderas por una banda tejida de seda verde, única nota de color sobre el blanco unánime del fondo.

Tengo imprescindible necesidad de elegir un modelo para tarde y recepciones, un modelo *ultra chic*; pero la tía Adelaida no puede dedicarme por el momento una mañana, ¡y las tardes; á más de resultar muy molestas para este género de correrías, transcurren tan grata y bellamente en el *Parc Monceau*!



Traje hechura sastre «gavroche», de sarga azul, con adornos de sarga blanca

es guapo, que tiene una mediana fortuna, no es artista, ni *sportman*, ni hombre de ciencia; terrenos todos tres en los cuales podría alcanzar popularidad, si lograra, claro es, destacarse en ellos.

¿A qué obedecerá entonces la sugestión que ejerce sobre mi ánimo? Sospecho que ésta pueda tener su origen en el halago que me produce el estudio constante que de mí hace. Todos los hombres que hasta aquí me interesaron me obligaron á considerar su personalidad antes que la mía. Así, Diego, y muchos más, incluso mi violinista, cuya exaltada admiración, siendo, como lo es, sincera, me resulta ahora excesivamente romántica y desprovista de sentimiento humano. Es mucho más grato que un hombre se interese por una tal y como es, con defectos y virtudes ciertas, que el que la conviertan en una sonata en forma de mujer.

Enrique—mi nuevo *flirt* se llama Enrique—, en fuerza de estudiarme y de analizar mi manera de ser, me está descubriendo á mí misma bajo un aspecto nuevo y por demás interesante.

Por añadidura, es un hombre que se fija hasta en los menores detalles de mi *toilette*, y que sabe apreciar todos mis esfuerzos por complacerle en estas materias.

Felizmente, puedo extremar la nota original en el color de los trajes, pues el negro está completamente *demodé*. Ni siquiera para los lutos le quieren ya. Hablo, naturalmente, de los lutos ligeros, prefiriéndose para ellos el blanco ó el malva. En cuanto á los casos ordinarios, no admiten para nada los tonos sombríos. El cereza, el azul *paon* y el amarillo pálido, son de momento los tonos predilectos. El verde jade se mantiene bastante firme aún, y el blanco hace esfuerzos por triunfar.

Las rayas se llevan mucho, sobre todo para abrigos ó trajes enterizos; de esos que definen tan bellamente la nueva línea de la mujer, y,



Traje de «crepe romain» verde y gasa negra, con adornos de terciopelo y cuentas de acero

QUIJOTERÍAS



¡VA DE NINFA!...

—¿Más quijoterías?
 —¿Por qué no, si yo sé que gustan—pruebas tengo de ello—, y, además, se las voy colocando á usted «en pequeñas diócesis», y «con su anís y su sal», como pregonaban las castañeras de antaño, sin encaramarme al trípode, hablando siempre en pueblo, y llevándola á usted en *pinganitos*?
 —¿En qué?
 —En *pinganitos*.
 —Vamos, sí. En volandas.
 —Un poquitín más: en alto; sobre el pavés; en pingorete; para que vaya usted bien empingorotada, mientras yo vuelvo á sepultarme en mi *ostugo*. ¿Qué me dice usted de esta palabreja?
 —Nada. Cierro mi boca.
 —Pues se acabó el *ostugo*; porque *ostugo* es un rincón, un zaquizamí, un agujero, una cueva, algo hueco, recóndito y fosco; una boca, en fin; y acaso de *os*, boca, haya nacido la palabra.
 —Me deja usted con la mía abierta de par en par.
 —Pero *ostugo*, ¿no significa también trozo, pedazo, fragmento?...
 —Más exactamente pudiera usted expresarlo diciendo *bocado*, un bocadito de una cosa, un mordisquito; y tiene usted *muerdo*, *mueso*, *mos* y, los catalanes, *mossegada*. Ya ve usted la obscura covacha convertida en una «boca de lobo», y hasta en el mordisco de esta boca.
 —¿Seguro?
 —¡Ay, señora mía! Esto de seguro no sé yo si lo será. Doctores tiene..., etc. Yo soy el vulgar ignorante, que á las sabias apostillas de los doctores pone sus notitas también, hasta que un erudito filólogo salte un día y me diga: «¡Jo, que te estrego!»
 —«¡Burra de mi suegro!»
 —Justamente. Y lo de suegro es un ripio de la asonancia, amada por el pueblo en sus sentencias. Recuerde usted lo de

«Allá darás, rayo,
 en casa de Moncayo»,

siendo este Moncayo cualquiera, menos yo, y su casa, cualquiera, menos la mía. La cuestión es que pegue.

—Y, entonces, ¿á qué viene lo del estrego? ¿Lo van á estregar á usted, como se hace con el hociquito de los gatos sucios?

—No. No viene á eso, porque no es eso. Viene, en primer lugar, á lo del ¡jo!, que es tanto como ¡xo! y como ¡so!; y ni rozar, ni ludir, ni lo de aniquilar, produciendo en mí un destrozo, un estrago, sino sencillamente á pararme los pies; á decirme que me detenga:

«¡Jo, que tiro de ti!»

porque estregar es ni más ni menos que esto... ¿Qué hace usted para detener una caballería? (y perdone yo la comparación).

—Tírrale de las riendas, de las bridas, del ronzal..., según la... jerarquía.

—Pues la *estrega* usted, porque *estira*. Intrincado es un enredijo, una maraña, y estricado es el hilo tenso, tirante; por eso la vedija es—como los problemas insolubles—inextricable; y por esto los hebreos *sephardim*, parladores aún del viejo romance, se *estrican*, se estiran en la cama.

—Ahora comprenderá usted lo gráfico, lo redundante del ¡Jo, que te estrego! empleado por Rojas, por Cervantes y por el pueblo, que nada tiene que ver con el *astregar* que figura en el escrito de hermandad de los tiempos de Fernando IV, mencionada por Senador.

—¿Me aburro! Dígame algo más interesante sobre esto mismo.

—Allá va. Y voy á ponerme hecho un lamedor.

ooo

Delante, el mar; dilatado, como una inmensa alcatifa de veludo; detrás, el monte; ingente, como el respaldo de un trono colosal; encima, el pálido zafiro de los cielos, como un joyante palio infinito, y debajo, el blanco pueblo marinero, por cuyas calles, lenta, majestuosa, solemne, desfila la procesión: orgía de luces y de colores; rumores de plegarias y vaharadas de incienso; acordes musicales; flores y damascos...

En el plácido atardecer estival, el véspero despliega los esplendores de su vestidura pomposa, incendiando—púrpuras, oros y amarantos—los caminos del sol, que ya tramonta. Pálidecen en tierra las claridades del día, que ago-

niza. Las antorchas—hachas, cirios, blandones y candelas—lucen como topacios tembladores; y la estela de oro pálido de un cohete se pierde en el claro luminar de Venus.

La «Virgen de Agosto», tendida en su lecho mortuorio, recorre las calles de la villa, santificándolas con su presencia. Un grupo de niñas, que en la pasada Pascua florida ha recibido por primera vez el Pan de los Angeles, circunda el radiante túmulo. Son azucenas vivas, de vestas candidas, cubiertas por blancos velos inmaculados, ceñidos á la sien por coronas de albas flores impolutas... A nuestra espalda, una voz cálida y pastosa de contralto, prorrumpe en una exclamación admirativa:

—«¡Van de ninfas!...»

Es una joven criolla borinqueña quien ha hablado.

—«¡Van de ninfas!»—ha dicho, refiriéndose á las cendolillas gráciles.

Nosotros, más espiritualmente, musitamos: ¡Van de ángeles! Menos poéticamente, declaramos: ¡Van de primera Comunión!...

Y siempre, de un modo ó de otro, *van*.

¡Van! ¿A dónde van? ¿Qué importa? Ni siquiera queremos decir con este *van* conciso, seco, terminante, que *van* á la procesión, ó que *van* en el cortejo, formando la clara teoría, no. *Van*, decimos, y esto basta, porque tácitamente afirmamos algo más, elidido por la costumbre. Esto, ni más ni menos: *vestidas*. Van (vestidas) de ninfas, ¡oh, tú, portorriqueña suave, amante de la vieja mitología! Van (vestidas) de ángeles, de blanco, de primera Comunión...

¡Cuán lejos me llevó la exclamación esta! Cual si fuese un conjuro, sus ecos me transportaron á los dorados días de mi niñez.

Durante las alborotadas fiestas de Carnestolendas, nuestra delicia mayor era contemplar los niños ricos disfrazados con atavíos lujosos, con trajes fantásticos, históricos, regionales... Ante cualquiera de ellos, nuestra ingenuidad se colmaba de admiración, y nuestra curiosidad pueril ponía en nuestros labios, invariablemente, la pregunta eterna:

—¿De qué *va* este niño?

—*Va* de Trovador—nos contestaban—. *Va* de Luis XV; *va* de Pierrot; *va* de Capricho...

Después, hombre ya, recordando con mis amigos las magnificencias de un baile de *trajes* en la casa ducal de Fernán Núñez, volvía á vibrar el inquietante verbo:

—La Infanta Isabel *fué* de Dama castellana; la marquesa de los Volmires *iba* de Dogaresa; la condesita de Frontori *fué* de Odalisca...

Y siempre así: *va, iba, fué*, sin referirse al sa-rao, sino al indumento, omitiendo el tiempo verbal: *va, iba, fué* de tal cosa.

Y hasta que no oí el evocador «¡Va de ninfa!», no comprendí el verdadero sentido de «Va de Pierrot» de los tiempos pretéritos...

¿Se acabará con esto la cervantesca frase del capítulo LVII de *El Ingenioso Hidalgo*, frase, al parecer, obscura, y que trae algo á mal traer al más conspicuo de los comentadores de la obra inmortal, en la que, á veces, el exceso de claridad deslumbra y ciega?

... «Estaba Sancho sobre su rucio—dice el glorioso manco-sano—con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo, porque el mayordomo del duque, el que *fué* de la Trifaldi, le había dado un bolsico con doscientos escudos de oro...»

Este mayordomo no lo *fué* nunca de la contrahecha condesa; ni *fué* jamás la Trifaldi, aunque en la trufaldinesca velada representase tal papel, ni aun en la farsa célebre *fué* disfrazado de Trifaldi; porque Trifaldi no era nada, fuera de algo que ostentaba tres faldas, por las tres colas—alusión á los tres jirones de la casa de Ureña—, como hoy, «Mondonguito» no es otra cosa que un diminutivo de mondongo. «La Mondonguito», ya es harina de otro costal; y «la Trifaldi», también. Entrambas son dos personalidades singulares y definidas. Por esto Cervantes no dice en la edición Príncipe del *Quijote*, hablando del mayordomo de los duques, «que *lo fué* de la Trifaldi», sino «que *fué* de la Trifaldi», elidiendo, con el pueblo, la palabra *vestido* ó *disfrazado*. El que *fué* (travestido) de la Trifaldi la noche de las burlas.

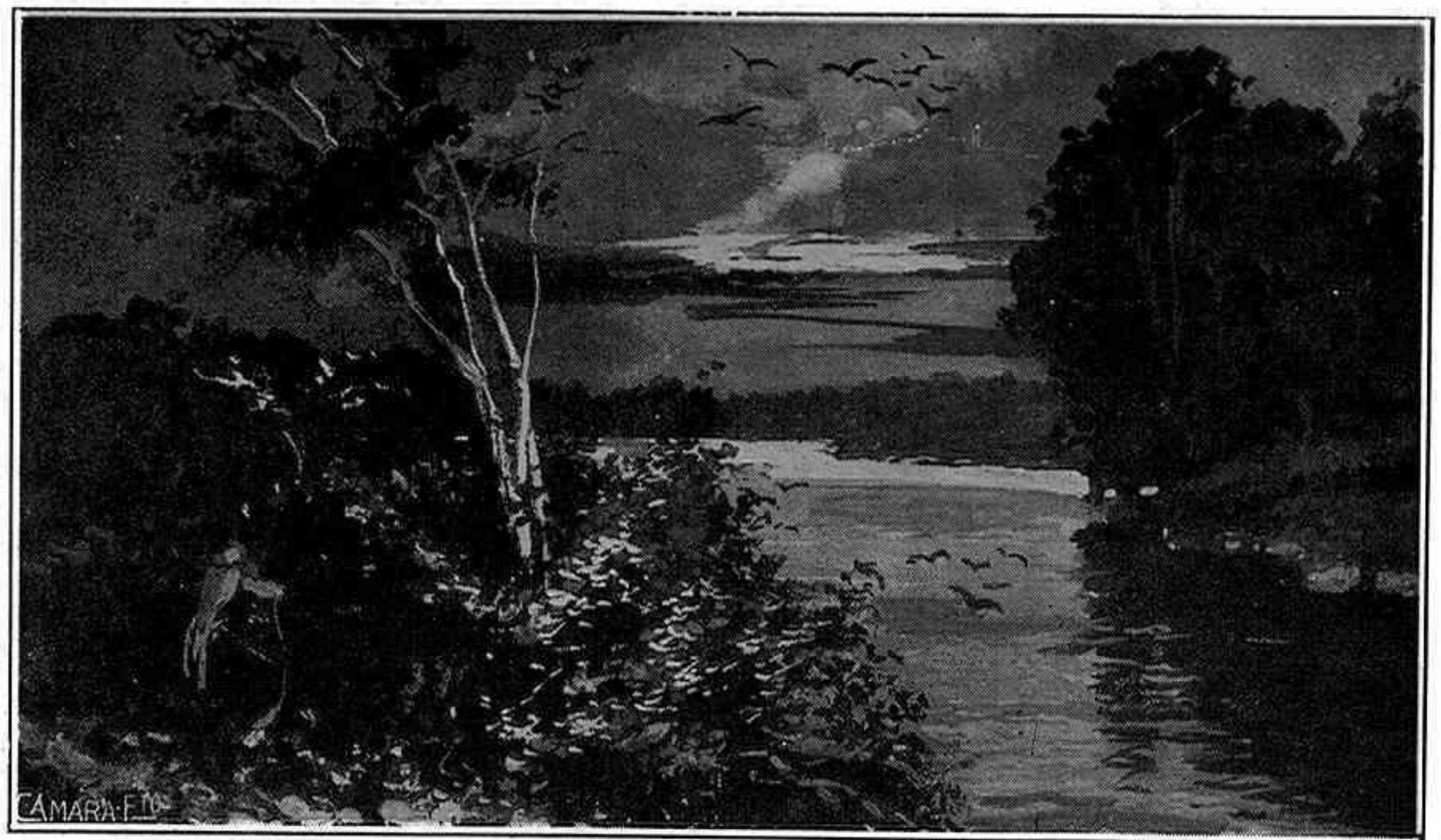
Y este *lo fué* yo lo creo intangible.

¿Acierto? ¿Yerro?...

—¿Qué sé yo, amigo mío! Por lo menos, es *bene trovato*...

VICENTE DIEZ DE TEJADA

LOS CUERVOS



Ante la anunciación de la tormenta
 perdió el oro y la púrpura la tarde;
 y palpita la tierra macilenta,
 como palpita un corazón cobarde.
 La bandada de cuervos grazna hambrienta,
 y sólo acallan su grotesco alarde,
 cuando, como una rubrica sangrienta,
 el rayo á veces en las sombras arde.
 Y cegar á la lluvia el horizonte,
 y los rebaños bajarán del monte
 huyendo de los lobos carnívoros,
 buscando vanamente el caserío...
 ¡Y llorará el pastor por los corderos
 que va arrastrando en su corriente el río!

oresintiendo la fosca barricada,
 surge de la celeste madriguera
 con la pupila de pavor bañada.
 ¡Oh, los estragos de la lluvia fiera!
 Buscan los cuervos, en feroz bandada,
 las víctimas que el río lanzó afuera,
 y dispersó al azar por la hondonada...
 Y pienso, al ver en el festín los cuervos
 arrancando á las víctimas los ojos,
 que al terminar mañana mis acerbos
 dolores, y mis inclitos arrojos,
 ¡mujeres sin honor y hombres pterovos
 han de vivir también de mis despojos!

Alfonso CAMIN

El Sol, igual que un rey que se escondiera

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



NO LO PIENSE USTED
UN MINUTO MÁS

Pídale por teléfono á su perfumista la mejor

Agua de Colonia que tenga

Y verá como le envía un frasco de

AGUA DE COLONIA AÑEJA

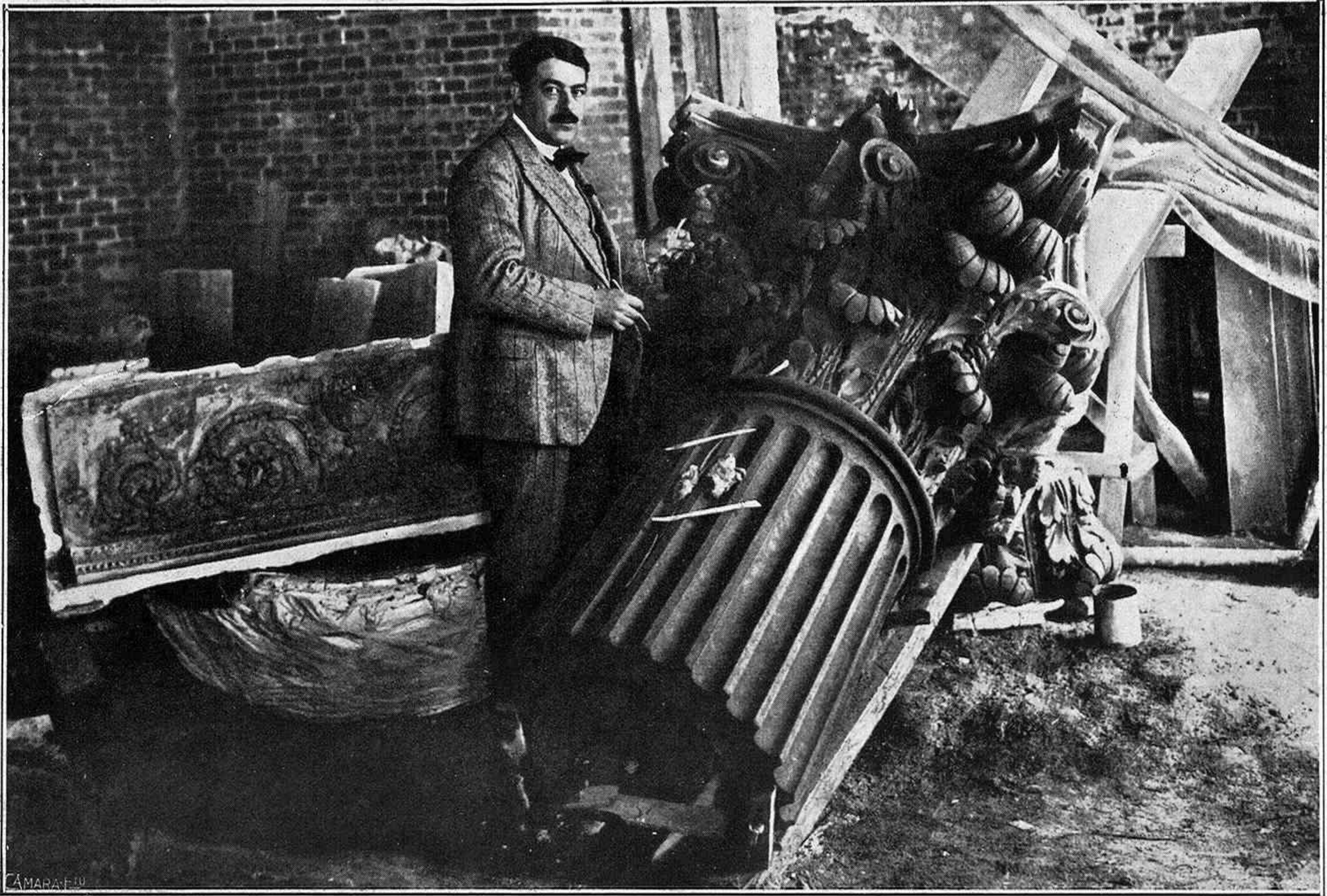
FRASCO 2.50

En todas las farmacias, droguerías y perfumerías de España

PERFUMERIA GAL-MADRID



LA ESCULTURA DECORATIVA



D. MANUEL RUIZ HERNÁNDEZ

Notable artista valenciano, que está realizando con extraordinario acierto la obra de escultura decorativa en el magnífico edificio que se construye actualmente en la Gran Vía de Pi y Margall esquina á la calle del Horno de la Mata, y de cuyo proyecto es autor el inteligente arquitecto D. Joaquín Saldaña. Nuestra fotografía presenta al Sr. Ruiz Hernández terminando uno de los hermosos capiteles, de estilo corintio, que embellecerán la fachada del referido edificio

FOT. DÍAZ

CURIOSIDADES
ERUDITAS

EL SUEÑO Y LA MUERTE

Como tras el trabajo del día viene el descanso de la noche, tras el trabajo de la vida viene el descanso de la muerte.

He aquí, probablemente, una razón de la gran importancia concedida al tratamiento del cuerpo después de la muerte, sobre todo en los pueblos salvajes.

Pero, ¿qué pasa con el espíritu durante el sueño?

En el sueño, como en la muerte, hay casi siempre una inmovilidad completa; el cuerpo queda exánime, y el salvaje infiere, como consecuencia natural, que aquel cuerpo rígido ha sido abandonado por su espíritu.

Se afirma en su opinión cuando sueña él mismo, pues durante su sueño (que adquiere para él una realidad y una importancia difícilmente apreciables para nosotros) su espíritu existe y vive sin necesidad del cuerpo.

Esta confusión existe, en efecto, en el salvaje ó poco civilizado, y de ello tenemos pruebas directas.

Arbousset cita á este propósito el proverbio que los *bo quimanos* repiten con frecuencia: «La muerte no es más que un sueño.»

Bonwick, al hablar de los *tasmanianos*, escribe: «Cuando yo pregunté á Mungo por qué hundía una jabalina en la tumba del muerto, me respondió tranquilamente: *A fin de que se sirva de ella para combatir cuando despierte.*»

Conforme á las investigaciones de Spencer, la idea de un despertar se ve todavía más claramente en el fondo de las razones alegadas para justificar las prácticas de dos tribus, una de ellas del Nuevo Mundo, la otra del Antiguo, y en las que existe la más completa mezcla de brutalidad y de estupidez.

Galton cuenta que entre los *dámaras* se cose el cadáver en una vieja piel de buey, se le entierra en un agujero, y después los espectadores saltan hacia adelante y hacia atrás sobre la tumba, para impedir al muerto que salga de ella.

Southey nos informa de que entre los *tupis* se

liaban los miembros del cadáver, con objeto de que éste no pudiera salir y aburrir á sus amigos con sus visitas.

En general, puede decirse, con Lubbock, que el salvaje considera la muerte como una especie de sueño, y espera (aun contra toda esperanza) ver despertar á su amigo de ese sueño como tantas veces lo habrá visto despertar de otros.

Es, pues, indudable, que las ideas de los salvajes respecto á la muerte se asocian íntimamente, si es que no deben su origen al estado del hombre durante el sueño, y, sobre todo, á los ensueños.

Analogías tomadas de la conciencia histórica y de la sabiduría popular ponen de manifiesto la estrecha relación entre la muerte y el sueño.

En todos tiempos se ha comparado el sueño con la muerte, llamándolos hermanos y viendo en el primero la «imagen espantosa» de la segunda.

Así, en la mitología clásica, *Somnus*, dios del sueño, y *Mors*, dios de la muerte, se suponían hijos de *Nox*, diosa de la noche.

Según la Biblia, el día de la muerte vale más que el del nacimiento: en el uno se empieza á sufrir; en el otro se acaba; para el justo, «la muerte es un sueño y una cama el sepulcro».

Los patriarcas de la Antigua Ley, cada vez que hablaban de la muerte, decían que «deseaban dormir con sus padres».

La muerte, á los ojos de los paganos, no era tampoco más que un sueño: por eso llamaban *dormitorios* á los sitios fúnebres donde yacen los despojos humanos: esto significa la voz griega *cementerio* (*necrópolis*).

También en el Cristianismo primitivo esta voz cimiterio (literalmente *koimerion*) era, según el lenguaje simbólico de la fe religiosa, un misterioso dormitorio.

No otra cosa fué lo que quiso decir San Pablo cuando, refiriéndose sin duda á la resurrección de la carne, consolaba á sus fieles con estas palabras: «No queremos, hermanos, que ignoréis lo que es de

los *dormidos*, para que no os entristezcáis como aquellos que no tienen esperanza alguna. Si, en efecto, creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo Dios reunirá en El á aquéllos que se han *dormido* en Jesús.» No se habla aquí de pena ni recompensa alguna anterior á la resurrección de los cuerpos.

Petronio, en su lento suicidio, como la modorra empezase á atormentarle, dijo que deseaba entregarse primero á *Hypnos* (el sueño) antes que *Thanatos* (la muerte) le hiciera dormir para siempre.

Nuestros literatos de los siglos *xvi* y *xvii* emiten esta opinión con más claridad todavía: «Sólo una cosa mala, escribía Cervantes refiriéndose á las ventajas del sueño, tiene éste, y es su semejanza completa á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay poca diferencia.» Y Quevedo, hablando de la muerte: «Hasta el sueño de cada día nos la recuerda, retratándola en sí.»

La Convención (1793), al emprender su campaña contra el Catolicismo é instituir el abominable culto de la Diosa Razón, empezó por poner en los cementerios un letrero que decía: «La muerte es el sueño eterno.»

Andrae decía en 1819 en su *Descriptio reipublicae christianopolitanae*: «Esta república, única que no conoce la muerte, aunque está muy familiarizada con ella, la llama sueño.»

Por último, según Schopenhauer, el sueño «es una pequeña porción de muerte que pedimos prestada anticipadamente y por medio de la cual ganamos y renovamos la vida agotada en el espacio de un día. El sueño es empréstito hecho con la muerte. El sueño toma prestado á la muerte para mantener la vida, ó bien es el interés pagado provisionalmente á la muerte, que es en sí misma el pago íntegro del capital. El reembolso total es pagado en un plazo tanto más largo cuanto el interés es más elevado y se paga más regularmente».

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

VALENCIA



**PRODUCCION DIARIA
250,000 KILOS**


LOS ARROCES LLUCH & HIJO
SE CONSUMEN EN TODO EL MUNDO



CEREO-LECITINA EJARQUE
ALIMENTO VEGETAL COMPLETO a base de Cereales y Leguminosas

Muy agradable para los niños
Insustituible como alimento en los casos de intolerancia gástrica
y afecciones intestinales. Convalecientes

Análisis de garantía del DR. PESET Farmacia y Laboratorio Ejarque
VALENCIA



LA INSTITUCIÓN CERVERA **VALENCIA (España)**
ES UNA INSTITUCIÓN INTERNACIONAL DE ENSEÑANZA

LA MÁS IMPORTANTE DE EUROPA

ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA: Electricidad, Mecánica, Agricultura, Química,
••• Arquitectura, Construcción, Ingeniería, Electroterapéutica, Automovilismo, Aviación •••

Tenemos Ingenieros, Arquitectos y Alumnos de las anteriores especialidades en todo el mundo
Para informes, pormenores y matrículas, dirigirse por correo a la

INSTITUCIÓN CERVERA • Apartado 66 • VALENCIA (España)

USE USTED **MAGNESIA** efervescente
del **DR. TRIGO**

Rechazad las numerosas imitaciones



**YO TOMO
SIEMPRE**

ANÍS RIOS

JOSE RIOS-SILLA (VALENCIA)





HOTEL CECIL

EL "CECIL" es el centro de Londres tanto para los negocios como para las diversiones. Los huéspedes tienen en él la ventaja de usar una dirección muy respetable con tarifa moderada. El servicio es tranquilo y discreto sin dejar de ser muy satisfactorio. Nada falta en materia de confort y la cocina es inmejorable.

Dirigirse al Gerente por cable o por carta en solicitud de la tarifa.

Cablegramas: "Cecelia London."



Lea usted los miércoles **MUNDO GRAFICO**

REINE DES CREMES
DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Maravillosa Crema de Belleza
PERFUME SUAVE
J. LESQUENDIEU-PARIS

CORSETERÍA
«PARISIÉN»

Concha y Esperanza Vizcaino

ofrecen á Ud. las últimas creaciones de Paris, en

Oviedo



Para Viajes, Excursiones, Merendas, Cacerías, etc., no olvidar la Mortadella "SIBERIA"

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO
DEL GORDOSE
PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

Almorranas

Curación segura y completa, sin operación, de las hemorroides con

Supositorios **Anusol** Goedecke

que se introducen en el recto.

Anusol Goedecke hace ya más de 20 años que está acreditado y recetado por los médicos. Anusol Goedecke calma pronto los dolores, produce una evacuación agradable y cura por completo. No contiene componente nocivo alguno. A cada caja acompañan instrucciones exactas para su uso. Pidase en farmacias el único y legítimo Anusol Goedecke y rechácese toda imitación ilegal de nuestra marca. El nombre "Goedecke" garantiza la legitimidad y eficacia completa del producto.

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS